

clark carrados

SEMILLA DE DESTRUCCIÓN

Semilla de destrucción

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/412

I

Delante de la gran máquina, la punta perforadora giraba incansablemente.

Era una labor lenta, tediosa, rutinaria. Sentado en un cómodo sillón de la cámara estanca, Alex Keyhoe vigilaba los instrumentos de medida.

Por encima de su cabeza había cuarenta y pico de kilómetros de roca. Alex evocaba el exterior, bañado por un sol que, en primavera, debía acariciar deliciosamente la epidermis.

—Y yo aquí, a cuarenta y… —consultó los instrumentos—, a cuarenta y seis mil setecientos treinta metros de profundidad —se lamentó.

La máquina era gigantesca. Se movía propulsada por una pareja de orugas que avanzaban a compás de los progresos efectuados por el trépano perforador. Las rocas eran literalmente reducidas a polvo, que, aspirado y transportado por unos tubos a la parte posterior de la máquina, era comprimido en bloques, los cuales eran luego cargados en unas vagonetas que los llevaban lejos del túnel.

Había muchas cavernas, aptas para depositar en ellas el detritus resultante de la perforación. Por otra parte, en casos extremos, tal detritus se enviaba a la superficie. A quince kilómetros de aquel lugar y a nueve más de altura, había un pozo de treinta y siete kilómetros que comunicaba directamente con la superficie terrestre, por medio de un ascensor de tres usos: expreso, para personal; rápido para cargas ligeras y aprovisionamientos de relativa urgencia y lento para cargas pesadas, como piezas gruesas de maquinaria y retirada de escombros.

La temperatura, fuera de la cabina estanca, era sofocante. Por fortuna, los constructores de la máquina habían solucionado a la

perfección el problema del polvo producido en la excavación y, a tres metros del trépano, la limpieza ambiental era perfecta, debido a la potencia de los aspiradores que impedían se dispersara la menor partícula de roca pulverizada.

De este modo, los técnicos y operarios podían moverse libremente por el túnel, sin necesidad de escafandras ni aparatos filtrantes de la atmósfera. Lo que no podían hacer era evitar el calor que, en ocasiones, llegaba a los cincuenta centígrados.

Por dicha razón, iban todos semidesnudos, salvo con botas y unos pantalones cortos, y el casco protector correspondiente. Alex Keyhoe era uno de los ingenieros directores de la obra, que no era otra cosa sino una expedición científica destinada a conocer los misterios de las profundidades sólidas del planeta.

El trépano giraba a enorme velocidad, miles de revoluciones por minuto. Fabricado con una aleación especial, poseía una dureza excepcional, próxima a la del diamante, pero sin la desventajosa fragilidad de éste. Por otra parte, su diámetro podía ensancharse o reducirse a voluntad desde la cabina de mando, como también se podía orientar en distintas direcciones según las necesidades del momento.

Alex tarareaba una alegre cancioncilla, cuyo ritmo seguía con los dedos de la mano, que golpeaban sobre su rodilla. Procuraba consolarse de la luz artificial y de la atmósfera depurada que reinaba bajo tierra, pensando en que, dos meses más tarde, sería verano y disfrutaría de cuatro semanas completas de vacaciones. Las cuales, naturalmente, pensaba pasar en una playa soleada.

—Me tostaré de tal modo, que llegarán a creer que he mudado de epidermis —se dijo.

La puerta de la cabina se abrió en aquel momento y dos personas entraron en el cubículo, que era totalmente transparente, además de estanco. Una oleada de calor invadió la cabina.

—Cierren, pronto, por favor —pidió Alex sin quitar la vista de los instrumentos.

—Dispense, Keyhoe —dijo una voz masculina,

Alex se puso en pie de un salto y se volvió.

—Hola, profesor Waknerr —dijo—. Dispense usted; creí que era uno de los...

Alex se interrumpió de pronto y observó con curiosidad a la

joven que se hallaba al lado de Hermann Waknerr, director científico de la observación.

Era una muchacha de unos veinticinco años de edad, alta y bien formada, de cabellos claros y ojos grises. Vestía una sencilla blusa de color amarillo y unos pantalones cortos. Pendiente del hombro izquierda llevaba una cartera que tenía el doble fin de bolso femenino y cartera de documentos.

—Alex, le presento a la señorita Edna Laramery —dijo Waknerr —. Señorita Laramery, el ingeniero Keyhoe.

—¿Cómo está? —saludó ella, tendiéndole la mano.

—Encantado, señorita —sonrió Alex. Miró a Waknerr—. ¿Un nuevo miembro del personal? —preguntó.

—Mitad y mitad —sonrió Waknerr—. La señorita Laramery es redacto ra de la revista «Ingeniería Mundial» y ha obtenido permiso para pasar una temporada aquí abajo, a fin de escribir unos cuantos reportajes para «I.M.».

—Conozco la revista —dijo Alex—, e incluso he estado suscrito a ella una temporada. Ahora, teniendo que estar aquí, a cuarenta y seis kilómetros de la superficie, no tengo tiempo para leer todo lo que yo quisiera.

—Y cuando termina su trabajo, se «limpiará» la mente con una novela de vaqueros —dijo Edna, riendo.

—Casi casi —admitió él, riendo también. Volvió los ojos hacia el profesor—. ¿Alguna noticia importante? —inquirió.

Waknerr puso cara seria.

—No es muy buena, Alex —contestó—. Se está acabando el dinero y el Congreso se opone a facilitar más créditos, alegando la esterilidad de nuestros trabajos.

—¡Tipos roñosos! —masculló Alex.

—Si esto sigue así, dentro de tres meses habremos de dar por concluidos los trabajos —manifestó Waknerr—. El presupuesto se agotará a finales de junio.

—Espero que quede el suficiente dinero para pagar el consumo de energía eléctrica del ascensor que nos devuelva a la superficie —bromeó el joven. Se volvió hacia Edna—. ¿Usted también es ingeniero? —preguntó.

—Geólogo —respondió ella—. Pero «I.M.» ha considerado oportuno incluir una serie de informaciones acerca de los trabajos

que se están desarrollando aquí y me eligieron a mí para realizarla.

—Entiendo —contestó Alex—. Se aburrirá bastante, señorita Laramery; como puede ver... aquí hay muy poco que ver, salvo un trépano que gira y un túnel y unas cuantas vagonetas que se llevan los escombros lejos del túnel. Eso es todo.

—Para el que no está habituado a ello, resulta fascinador —dijo Edna—. Observo que la máquina está ahora horizontal —añadió.

—Sí, el detector ha señalado la existencia de una corriente de agua a unos trecientos metros de profundidad y tratamos de salvarla. Dentro de unos doscientos metros, empezaremos a «picar» de nuevo hacia abajo.

—¿Existe algún peligro?

—Pues, sí, desde luego. Hay que tener en cuenta que el agua está hirviendo y que, a semejantes profundidades, alcanza una presión elevadísima. No es extraño, a veces, que haya grietas por las que se escapa el vapor. La presión puede ensanchar inesperadamente una de esas grietas y producir, más que un derrumbamiento, una verdadera explosión.

—Tratamos de eliminar los riesgos en la manera de lo posible —agregó el profesor Waknerr.

—Comprendo —dijo Edna—. ¿Puedo ver el tablero de instrumentos?

—Claro —contestó Alex.

Ella dio un paso hacia adelante. En aquel momento, la máquina se estremeció fuertemente.

A pesar de que la cabina estaba herméticamente cerrada, un penetrante zumbido llegó hasta los oídos de las tres personas. La máquina parecía moverse hacia adelante a mayor velocidad.

—¡Alex! ¿Qué sucede? —preguntó Waknerr.

Edna se había agarrado con una mano al respaldo de uno de los sillones, a fin de mantener el equilibrio. Alex consultó el indicador de revoluciones y halló que el trépano había duplicado casi su velocidad de giro.

La aguja termométrica subía con rapidez. Alex movió una palanca y la velocidad de la perforadora se redujo considerablemente.

—Creo que hemos dado con un hueco —dijo, sin quitar la vista de los instrumentos.

Algunos de los operarios corrían hacia la parte delantera de la máquina.

—¿Qué clase de hueco? —preguntó Edna.

—Oh, generalmente, una caverna —respondió Waknerr—. Ahora falta saber si su suelo está a nivel o más bajo que el del túnel.

—En este caso, tendríamos que perforar en dirección inclinada, para poder llegar sin riesgos al suelo de la caverna.

Era Alex el que había hablado. Edna asintió.

Un operario hizo señales con la mano. Alex movió una palanca y el trépano dejó de girar.

El ruido cesó casi en el acto. El operario llevaba en la mano un transmisor de radio.

—El orificio es de un par de metros —dijo—. Retroceda para que podamos explorar.

—Enterado —contestó Alex, a través del micrófono.

Manejó los mandos correspondientes. La pesada máquina retrocedió con gran lentitud tres o cuatro metros.

El orificio quedó a la vista, a un par de metros del suelo. Entonces, los tres ocupantes de la cabina pudieron darse cuenta de que por aquel agujero brotaba un ligero resplandor de un intenso brillante color azulado.

—¿Qué diablos...?

Alex calló. El operario había trepado al agujero y miraba al otro lado.

De pronto se volvió y empezó a hacer señales frenéticas con la mano. Tan excitado estaba, que se olvidó de usar el aparato.

Waknerr tomó el micrófono.

—¡Pedro! ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que está viendo al otro lado del agujero?

—¡Hagan el favor de venir todos, pronto! —contestó el hombre. Y con acento de innegable admiración, añadió—: ¡Es realmente increíble! ¿Quién diablos ha colocado «eso» ahí? ¿Quién ha estado aquí antes que nosotros?

Dicho lo cual, el operario dio un salto, atravesó el agujero, de una perfecta sección circular, y desapareció de la vista de los otros tres ocupantes de la cabina.

—Será mejor que vayamos a investigar —dijo Waknerr.

Abrió la portezuela y descendió por la escalera que permitía él

acceso a la cabina, separada cuatro metros y medio del suelo. Edna Laramery y Alex le siguieron en el acto.

Algunos de los operarios, atraídos por los gritos de Pedro Díaz, corrían también hacia allí. Waknerr, Edna y Alex treparon la pendiente que conducía al orificio y pasaron con toda la rapidez que les fue posible al otro lado.

Entonces vieron algo que les dejó estupefactos y justificó por completo las exclamaciones de asombro de Díaz.

—¡Dios mío! —dijo Edna—. No había visto nunca una cosa, semejante.

II

Atravesado el orificio, se hallaron en una vasta caverna que mediría más de doscientos metros de diámetro, por cuarenta o cincuenta de altura. La forma de la oquedad era cupular, semiesférica, y la escasa irregularidad de sus paredes decía bien a las claras que no se había formado por causas geológicas naturales.

El suelo era completamente llano, salvo en el centro, en que ascendía suavemente unos cuatro o cinco metros, formando un cono de paredes muy inclinadas. El resplandor azulado, que sin dañar la vista, permitía la visión de todos los detalles con suma facilidad, procedía de la cosa que había sobre el vértice del cono.

Tratábase de una esfera de una sustancia que, a primera vista, parecía vidrio opaco y de cuyo seno brotaba la luz. La esfera tenía un diámetro de unos tres metros y se hallaba sostenida por una especie de copa de tamaño adecuado, de alto y delgado pedúnculo, hecho de un material sumamente brillante.

La copa propiamente dicha estaba a unos cinco metros del suelo, con lo que el conjunto venía a medir ocho de total altura.

Lenta y silenciosamente, todos fueron acercándose a las proximidades de aquellos extraños objetos, cuya utilidad no comprendían en absoluto, como tampoco se les alcanzaban quién o quiénes podían haberlo colocado allí. A veinte metros de distancia, Alex divisó al pie de la copa una caja negra, del tamaño de una maleta corriente, en cuyo costado, el que quedaba a la vista, se apreciaba una placa metálica de color dorado.

Momentos después, Alex se arrodillaba junto a la caja. De repente, el profesor Waknerr exclamó:

—¡Pedro! ¡Pida por radio un contador de radioactividad!

—En el acto, profesor.

Edna preguntó:

—¿Cree usted que esa esfera luminosa puede ser radiactiva?

—Me sentiré mucho mejor cuando el Geiger haya dicho que no —contestó Waknerr llanamente.

—De todas formas, si fuese altamente radiactivo, es decir, que sus radiaciones fuesen mortales, ya haría tiempo que los detectores de la máquina lo habrían señalado —agregó Alex—. Pese al espesor de la capa de rocas... ¿Qué es eso? —dijo de pronto, señalando la placa dorada que había sujeta a la caja negra.

—Veo unas inscripciones —dijo Waknerr.

—Pero están en un lenguaje incomprensible —alegó el joven.

Los comentarios brotaban por doquier. Edna se arrodilló junto a Alex y examinó la placa durante unos instantes.

—Conozco esa escritura, aunque no sé lo que dice —manifestó.

—Sí. Es la escritura cruciforme de Sharanyii, profesor.

Alex se puso en pie, vivamente sorprendido.

—¡Sharanyii, el planeta descubierto hace unos pocos años! —dijo.

—Exactamente —respondió Edna—. Esos son los signos que usan para sus comunicaciones escritas: cruces y aspas, de distintos tamaños y grosores, pero con tan escasa diferencia, que sólo ellos, los de Sharanyii, prácticamente, pueden leer tales mensajes.

Alex se volvió hacia Waknerr.

—Sharanyii fue descubierto no hace más de doce años. Nosotros somos los primeros que hemos rebasado la barrera de los cuarenta y cinco mil metros en profundidad sólida. ¿Cómo es que los sharanyianos, pese a sus fabulosos conocimientos científicos, han podido llegar hasta aquí antes que nadie?

—Pregunta usted demasiado, Alex —respondió Waknerr—. Ah, aquí llega el Geiger.

Díaz venía con el contador de radiactividad en las manos. Después de ponerlo en funcionamiento y leer sus indicaciones, meneó la cabeza.

—Hay radiactividad, pero es ínfima; apenas unos milirroentgens,

que no causarían daño ni a un gorrión —manifestó.

—Bueno, eso me tranquiliza —respondió Waknerr—. De modo, señorita Laramery, que usted conoce la escritura cruciforme de Sharanyii.

—Sí, pero no sé leer lo que está ahí escrito, ni aunque dispusiera de una potente lupa —contestó Edna,

Alex se inclinó de nuevo sobre la placa.

Medía unos treinta centímetros de ancho por veinte de longitud y había grabados varios miliares de signos, todos cruces y aspas, en unas veinticinco líneas. El tamaño de los signos parecía idéntico para todos los casos.

—Tengo entendido que el idioma de Sharanyii es bastante enrevesado —dijo—. Pero, ¿no hay en la Tierra quien pueda descifrar esta inscripción?

—Sí —respondió Edna—, Mark Rosahann.

—¿Quién es Rosahann? —preguntó Waknerr.

—Un filólogo especializado en lenguas galácticas. Hace unos meses regresó de Sharanyii y ahora tiene una cátedra en la Universidad de Oxford.

Waknerr se pellizcó los labios. Un momento después, dijo:

—Pedro, envíe un mensaje que diga lo siguiente: Necesitamos con urgencia al... ¿Qué es Rosahann exactamente, señorita Laramery?

—Doctor en filología galáctica, profesor —respondió la muchacha.

—Bien, necesitamos con urgencia al doctor Rosahann. Gastos pagados y todo lo demás, ¿ha comprendido?

—Sí, profesor.

Díaz echó a correr. Tomaría una vagoneta y ascendería hasta el próximo campamento base, desde donde se pondría en contacto con la superficie.

Alex suspiró.

—La llamada a Rosahann acortará nuestro presupuesto en una semana —dijo melancólicamente.

—¿Quién sabe? —sonrió Waknerr—. Tal vez este hallazgo sirva para la concesión de un nuevo crédito.

Se retiró unos pasos y miró hacia la esfera, que parecía suspendida a unos centímetros de la copa.

—¿Para qué diablos servirá eso? —masculló.

—Hay otra cosa que me preocupa más, profesor —dijo Alex,

Waknerr miró al ingeniero.

—¿De qué se trata, muchacho? —preguntó.

—Sharanyii fue descubierto hace unos doce años. Era la primera noticia que teníamos de la existencia de dicho planeta. ¡Pero nadie antes que nosotros había llegado hasta aquí!

—Ellos lo hicieron —dijo Edna.

—Sí, exactamente —convino el joven—. Y eso significa una cosa: que si nosotros no conocíamos su existencia, ellos sí conocían la nuestra.

—En tal caso, ¿por qué no se hicieron visibles? ¿Por qué no entablaron relaciones con nosotros, como lo hicieron los primeros expedicionarios que pusieron pie en Sharanyii? —dijo Waknerr.

Alex volvió su vista hacia la placa.

—Temo que sólo el profesor Rosahann podrá contestar a sus preguntas, profesor —dijo. Y añadió—: Por supuesto, será preciso suspender los trabajos de perforación hasta que haya venido Rosahann.

—Desde luego —convino Waknerr. Y, arrodillándose, alargó la mano hacia la caja, pero no pudo llegar a tocarla.

—¡Cuidado, profesor!

Waknerr se volvió vivamente y miró a Edna, La joven parecía sumamente agitada.

—¿Qué le ocurre, muchacha? —preguntó, extrañado.

—Creo que no debiera tocar nada, profesor —contestó ella.

—En efecto —añadió Alex—. Ignoramos qué diablos hay en esa caja y… —Levantó la vista con aprensión—, la verdad, no me gustaría que esa bolita me cayera encima de la cabeza.

* * *

Los días siguientes fueron de una tensión inaguantable. El trabajo se hallaba paralizado por completo.

La corriente subterránea de agua les impedía perforar hacia abajo. De haber intentado dar un rodeo para pasar al otro lado de la caverna, el tiempo empleado habría resultado excesivo. No hubo otro remedio, pues, que aguardar la llegada de Rosahann.

El lingüista apareció una semana más tarde, cuando los nervios de todos los presentes estaban a punto de estallar.

Mark Rosahann era un hombre de unos cincuenta años, bajo, rechoncho, sin un solo pelo en su cráneo y con una expresión seria y concentrada. Una vez en el campamento base y tras los saludos de rigor, formuló algunas preguntas acerca de la placa con la inscripción en el idioma de Sharanyii.

Alex y los demás satisficieron como pudieron su curiosidad, Pero ellos también se sentían curiosos,

—Las cruces y las aspas parecen todas del mismo tamaño —dijo el joven—. ¿Cómo pueden componer un alfabeto con sólo dos signos, doctor Rosahann?

El lingüista sonrió.

—Tal vez para un sharanyiano nuestro alfabeto parezca una sucesión de signos trazados por la mente de un loco —contestó—. En realidad, el alfabeto sharanyiano está adecuado no sólo a su idiosincrasia, sino a sus peculiares condiciones físicas.

—Vi unas fotografías del embajador de Sharanyii y su séquito el día en que presentaron por primera vez sus cartas credenciales —dijo Alex—. A juzgar por aquella fotografía, hay dos razas en Sharanyii de características morfológicas enteramente distintas.

—En efecto —concordó Rosahann—. Una de las razas parece estar compuesta por individuos que más parecen salidos del lápiz de un dibujante con delirium tremens. Los otros, en cambio, son seres enteramente idénticos a nosotros. Pero no es en el detalle de su forma exterior donde radica el, en apariencia, enigma de su raro alfabeto.

«Unos y otros, pese a su forma distinta, tienen una cosa en común: la vista. Digámoslo mejor: el aparato óptico. Los sharanyianos, sea de la raza que sea, poseen la facultad de aumentar visualmente el tamaño de las cosas que observan, y esa facultad es enteramente voluntaria, no depende de influencias externas, que provocan movimientos reflejos en el sistema óptico.

«En el humano terrestre, cuando hay un exceso de luz, la pupila se contrae per se, y se dilata también por sí sola, cuando el nervio óptico recoge una impresión de escasez de luminosidad. Naturalmente, nosotros reforzamos la acción retiniana, en caso de exceso de luz, con el movimiento de los párpados, pero nada más:

por mucho que abramos los ojos, si no hay luz, no veremos nada, aunque la pupila se dilate hasta el máximo.

«Estos movimientos de la pupila no dependen de nosotros, sino de las condiciones ambientales. Ahora bien, en el caso de los sharanyianos, tanto de una raza como de la otra, cuando el objeto que observan es demasiado pequeño, ponen en juego el mecanismo óptico de aumento de visión y de este modo facilitan por completo su visión, ya que, aunque no en todos es igual dicha facultad, la media es de diez aumentos ópticos; es decir, que si un sharanyiano lee un libro cuyas letras midan dos milímetros, puede hacer que le aparezcan como si midieran dos centímetros. En realidad, acomodan su aumento visual a las necesidades del momento. Para un tipo de letra de esos dos milímetros de altura, con el doble, el triple como máximo, tendrán más que suficiente.

»Y esto viene a cuento de que aunque lo parecen, los signos del alfabeto sharanyiano no son idénticos. Las cruces y las aspas tienen tamaños distintos, imperceptibles a simple vista —humano terrestre, por supuesto—, y los ángulos en que se cruzan los dos trazos que componen esas cruces y esas aspas son distintos según el signo de que se trate y, además, hay en cada raya unas muescas poco menos que microscópicas que varían su forma y, por tanto, el significado de la letra.

»Lo cual quiere decir que si uno no ha nacido en Sharanyii, tiene que recurrir a una potente lupa para poder hallar esas diferencias y leer todo documento escrito en el lenguaje cruciforme de dicho planeta ... concluyó el lingüista.

—Usted se habrá traído consigo esa lupa, presumo —dijo Alex.

—No tengo las pupilas facetadas —sonrío Rosahann.

—¿Facetadas? —se extrañó Edna.

—Sí, tanto los individuos de una raza como los de la otra, pero sobre todo la de los que tienen una forma no humana, poseen pupilas facetadas. Los que son como nosotros disponen de dieciocho facetas en la pupila. Los... otros tienen muchas más facetas, recuerden, si han visto fotografías suyas, que sus ojos tienen un tamaño triple del corriente en nosotros.

—Las facetas, por tanto, deben de formar parte del sistema óptico de aumento —dijo el profesor Waknerr,

—Exactamente, aunque no soy biólogo y no puedo facilitarle

más detalles al respecto —contestó Rosahann.

—Bien, ahora ya sabemos algo más sobre el idioma del Sharanyii —dijo Alex—. ¿Cuándo querrá usted visitar la cueva donde está la inscripción?

—Ahora mismo —dijo Rosahann, poniéndose en pie con una viveza insospechada en un hombre de su constitución física.

Momentos después, una vagoneta eléctrica les conducía hasta las inmediaciones de la caverna. Cruzaron el túnel a pie y se adentraron en la inmensa oquedad, en cuyo interior reinaba un silencio religioso.

Rosahann se mostró sumamente admirado al ver aquella copa y la esfera, cuya utilidad no comprendía ninguno de los presentes. Seguido por Alex, Edna, el profesor Waknerr y alguno más, se acercó a las inmediaciones de la gigantesca copa y contempló la placa que había al pie de la misma, adherida a una de las caras de la caja negra.

Al cabo de unos segundos, y en medio de un silencio total, se arrodilló, sacó una lupa y empezó a leer la inscripción.

Alex se alarmó. A medida que Rosahann avanzaba en su lectura, iba perdiendo el color y su rostro tomaba una expresión de alarma.

—¿Qué dice ahí? —preguntó.

Rosahann se puso en pie y le miró con ojos dilatados por el terror.

—¡Es horrible! —dijo.

Y súbitamente, cerró los ojos y se desmayó.

III

El profesor Waknerr se paseaba furiosamente, con las manos a la espalda, por delante de la tienda de campaña donde el médico de la expedición tenía instalado un botiquín de primeros auxilios.

Alex y Edna permanecían a la entrada. Los tres aguardaban a que el galeno reanimase a Rosahann.

—¡Por todos los santos de la corte celestial! —exclamó Waknerr de súbito, ardiendo en impaciencia—. ¿Es que aquí abajo no hay nadie más que ese hombre para descifrar la inscripción?

—No me mire a mí, profesor —dijo Alex—. Aquí abajo tenemos

hombres capaces de resolver cualquier problema urgente relacionado con la perforación, pero ¿quién iba a sospechar que nos íbamos a encontrar con un mensaje tan terrorífico escrito en el idioma de Sharanyii?

—¿Tan grave es lo que dice? —musitó Edna.

—Yo le vi palidecer horriblemente al principio. Eso me extrañó —respondió Alex—, pero no tuve tiempo de preguntarle nada; todos pudieron ver cómo se desplomó…

El médico de la expedición salió en aquel momento fuera de la tienda.

—Pueden entrar —dijo lacónicamente.

Waknerr cruzó la entrada a grandes zancadas.

Alex siguió a Edna.

Rosahann estaba tendido sobre una litera de campaña, cubierto con una manta, pese a la calurosa atmósfera del lugar. Aún continuaba con el rostro lleno de palidez.

—¿Y bien, profesor? —dijo Waknerr, dominando su impaciencia a duras penas.

—Siento haber dado un espectáculo semejante —se excusó el lingüista—, pero… no lo pude evitar; fue superior a mis propias fuerzas. Cuando leí aquel mensaje…

—Pero, bueno, ¿qué diablos pone ahí?

—Le…, les parecerá mentira, pero esa esfera es… es una bomba… capaz de destruir nuestro planeta…

Alex pegó un respingo.

—¡Demonios!

—¿Habla en serio, profesor Rosahann? —preguntó Edna.

Rosahann miró a la muchacha con expresión afligida.

—¿Por qué iba a engañarles? —dijo.

—¿Cuándo estallará? —preguntó Alex, rehaciéndose en parte de la sorpresa recibida.

—La inscripción no fija fecha —respondió el lingüista—. Sólo dice que el planeta en que ha sido situada la bomba se convertirá en cenizas después de que el mensajero haya puesto en funcionamiento el mecanismo de explosión.

Alex abrió la boca de par en par.

—De modo que tiene que venir alguien a provocar la explosión —dijo.

Rosahann movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, pero no dice quién ni cómo ni cuándo —contestó.

—Ni tampoco, supongo, por qué quieren destruir la Tierra —intervino el director de la expedición—. En el supuesto de que, efectivamente, ese cacharro tenga la potencia suficiente para hacernos añicos a todos,

—La inscripción...

Waknerr no dejó seguir hablando a Rosahann.

—Alex —dijo—, yo no dudo de la autenticidad de la inscripción grabada en la placa. Lo que sí dudo es que esa bola sea una bomba capaz de volar la Tierra.

—A mí no me extrañaría en absoluto —contestó Alex plácidamente—. Tenga en cuenta que, cuando el hombre terrestre empezaba a fabricarse su primera hacha de sílex, los sharanyianos ya conocían la navegación interestelar.

—Sí, pero, ¿cómo vinieron a la Tierra? ¿Por qué, en siglos de continuas exploraciones, no hemos descubierto nunca el menor rastro de la presencia de seres de Sharanyii en nuestro planeta? —preguntó Edna.

—Ese es un misterio que no podemos dilucidar por el momento —manifestó Waknerr—. En cambio, lo que sí podemos hacer es ponernos en contacto en el gobierno, informarle de lo que sucede y pedir que envíe aquí a todos los técnicos que hagan falta para desmontar ese maldito cacharro y lanzarlo al espacio, para que explote donde no pueda causar daño a nadie.

—Esa sí que es una buena idea —aprobó Edna.

—¿Y... no querrán los técnicos locales conocer el funcionamiento de esa máquina infernal? —preguntó Rosahann.

—¡Al diablo con lo que quieran los técnicos! —contestó Waknerr malhumoradamente—. Lo que quiero yo es que no nos pase nada. Nunca me fueron especialmente simpáticos los sharanyianos y ahora veo por qué. Bien, me voy a la central de transmisiones...

—¡Cuidado, profesor! —advirtió Alex—. Yo no dudo de que la inscripción diga verdaderamente lo que el profesor Rosahann nos ha traducido, aunque sí abrigo mis reservas acerca de la real potencia de la bomba...

—Al grano, al grano —dijo Waknerr impaciente—, ¿Qué más?

—Sencillamente, que no conviene hacer pública la noticia.

Hubo un momento de silencio.

Rosahann se sentó en la litera.

—Si ese descubrimiento se hace público, pueden producirse graves sucesos motivados por el pánico. En la superficie, las gentes...

—¿En la superficie? —dijo Alex, riendo agriamente—. ¡Aquí mismo, si la noticia se corre! Profesor, no queda otro remedio que ser discreto si no queremos organizar una buena. ¿Se imagina lo que pasará cuando la gente se entere de que podemos volar en pedazos?

—Pero falta el mensajero capaz de accionar la bomba —alegó Edna.

Waknerr se volvió hacia el lingüista.

—¿Está seguro de que dice eso la inscripción? —preguntó.

—Absolutamente —respondió Rosahann con rotundo énfasis.

—Entonces, sólo hay una solución: suspender las excavaciones, licenciar temporalmente a la gente, dejando sólo un mínimo de hombres de confianza...

—De los que se comprobará sin lugar a duda que son terrestres y no sharanyianos —dijo Alex—, y luego tratar de desmontar la bomba, enviarla a la superficie y de aquí al espacio.

—Exactamente —concordó el profesor—, pero hay cosas que no se pueden hacer sin consentimiento del gobierno.

—Si envía un mensaje por radio, la noticia se hará pública —le avisó Alex—. Esta es una expedición científica que, hasta el momento, no ha tenido nada que ocultar. Por lo tanto, todos nuestros mensajes se han hecho en lenguaje normal y carecemos de cifras y claves para comunicaciones secretas. ¿Cree usted que una cosa así sería guardada reservadamente por los funcionarios de comunicaciones del gobierno?

—Es su obligación,..

—Son humanos —alegó el joven significativamente.

—Entonces, ¿qué me aconseja usted? —preguntó Waknerr.

—Antes habló de licenciar temporalmente al personal. Hágalo... con el pretexto que mejor le acomode. Luego, permita que yo vaya a entrevistarme con alguien que pueda ayudarnos y facilitarnos los medios necesarios para sacar la bomba fuera de aquí.

—El Director de Investigaciones Científicas —sugirió Rosahann.

—Es Directora —manifestó Edna—. Se llama Alina Jaffres.

—Hombre o mujer, lo mismo da —masculló Waknerr—. Está bien, redactaré una carta de presentación para la señora Jaffres. ¿Cuándo partirá usted, Alex?

—En cuanto me tenga despachada la carta —respondió el joven llanamente.

—Y yo le acompañaré, es decir, si no tiene inconveniente —se ofreció Edna—. Conozco a un alto funcionario de la dirección de I. C., que nos facilitará el acceso hasta el despacho de la señora Jaffres y eso nos ahorrará tiempo de espera.

—Magnífico —aprobó Alex—. Voy a preparar mi equipaje; no sé cuanto tiempo podré permanecer en la superficie.

Y salió de la tienda. Entonces, Rosahann dijo:

—Voy a darle un consejo, profesor Waknerr.

—¿Sí? —murmuró el aludido.

—¿Tiene aquí un par de hombres de su absoluta confianza?

—Sí, por descontado. Pedro Díaz, Duke Ball...

—Bien, entonces sitúelos en la cueva donde está la bomba y ordéneles que no permitan a ningún extraño acercarse al artefacto sin expresa autorización suya.

—¿Por qué tales precauciones? —se extrañó Waknerr.

—Recuerde: un mensajero de Sharanyii debe venir a poner en marcha el mecanismo de explosión.

—Es cierto —respondió Waknerr—. Y ahora mismo voy a montar ese servicio de vigilancia.

Se dirigió hacia la puerta, pero, antes de salir, se volvió y dijo:

—No entiendo por qué los sharanyianos quieren destruir nuestro planeta. ¿Se le ocurre a usted alguna teoría para explicar ese enigma?

Rosahann movió la cabeza lentamente.

—Ninguna, profesor —contestó con acento solemne.

* * *

Treinta minutos más tarde, Alex y Edna montaban en una carretilla eléctrica que, en pocos momentos, les condujo hasta el campamento base, en donde se hallaba el ascensor que debía conducirles a la superficie.

El campamento base se halla instalado en una gran caverna natural, por el centro de cuyo suelo corría un arroyuelo, de cuyas aguas se servían los expedicionarios para todas sus necesidades. Había una central de energía y numerosas tiendas de campaña y barracones prefabricados para alojamientos y almacenes de material.

La caverna medía varios centenares de metros de ancho por unos cincuenta de alto en su punto más alto. En el techo se veía un gran orificio de forma circular, alisado completamente, por el que se desplazaba el ascensor verticalmente en sus viajes de ida y vuelta a la superficie.

Cuatro grandes columnas de metal iban de los bordes del orificio a la superficie del suelo de la caverna, a fin de servir de guías al ascensor fuera del tubo. El maquinista estaba ya aguardándoles.

Alex y Edna llegaron junto a la caja del ascensor, un voluminoso cilindro de varios metros de diámetro. El maquinista les hizo un saludo con la mano.

—Todo listo —informó.

—De acuerdo —contestó Alex—. ¿Lo saben ya en la superficie?

—Por supuesto. Suban.

Alex y Edna penetraron en el cilindro. El maquinista cerró por fuera y movió una palanca.

El ascensor empezó a subir. El interior era cómodo, con varios sillones de asiento y respaldo blandos y acolchados, a fin de permitir el reposo durante la hora larga que duraba el viaje hasta la superficie.

Alex dejó su equipaje en un lado del ascensor. Luego sacó cigarrillos y ofreció uno a la joven.

—Tenemos más de sesenta minutos antes de ver la luz del Sol —dijo, sonriendo.

—Imagino que usted tendrá grandes deseos de estar en la superficie —apuntó Edna.

—Figúrese. Llevó ya casi un año enterrado aquí abajo. Es una profesión fascinante, pero ello no impide para que a uno le guste también respirar el aire libre.

La velocidad del ascensor aumentaba gradualmente. De pronto, se oyó un seco chasquido bajo sus pies.

El cilindro se movió ligeramente; perdió velocidad durante una

fracción de segundo y luego se lanzó hacia arriba a más de cincuenta kilómetros a la hora.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Edna.

—Hemos pasado la compuerta estanca —respondió Alex—. Está situada a cuarenta metros de la boca del tubo y se ha cerrado después de nuestro paso. A partir de aquí, ascendemos por la presión del aire que un compresor inyecta en el tubo a alta presión.

—Comprendo. Somos como un proyectil en el ánima de un rifle.

—Más o menos..., aunque con una velocidad inferior —sonrió el joven.

—Si esa bomba explotase, nuestra velocidad sería infinita —bromeó Edna.

Alex se puso serio.

—No me agradaría que ocurriese una cosa semejante —dijo. Sacudió el cigarrillo sobre un cenicero—. Señorita Laramery, ¿se ha dado usted cuenta de que, entre todas las especulaciones que hemos hecho, se nos ha olvidado una, casi la más importante?

Ella le miró con gesto sorprendido.

—¿Cuál, señor Keyhoe? —preguntó.

—Sencillamente... ¿cuándo vinieron los de Sharanyii a la Tierra para colocar la bomba allá abajo?

—Es verdad —murmuró Edna pensativamente—. Esa máquina infernal no se colocó sola allá abajo, sino que fue puesta... tal vez hace millares de años. Pero lo que sigo sin entender es el objeto de la bomba.

—Provocar la explosión del planeta.

—Desde luego, pero, ¿qué beneficios puede obtener Sharanyii de la destrucción de la Tierra? Hasta ahora, no se puede asegurar que el establecimiento de relaciones haya resultado pernicioso para ambos mundos.

—Es verdad —convino Alex con expresión preocupada—. Toda acción, quienquiera que sea el que la ejecute, tiene un fin: beneficioso para sí mismo en primer lugar... y, a veces, perjudicial para otro u otros. Pero nosotros, ¿qué perjuicios les hemos causado para que deseen nuestra destrucción?

—Me siento incapaz de contestarle a esa pregunta —dijo Edna. De pronto reparó en un pequeño cuadro de instrumentos que había en uno de los lados del cilindro—. ¿Qué es eso, señor Keyhoe? —

preguntó.

Alex volvió la vista.

—Ah, un cuadro de indicadores. Vea aquí… —indicó con la mano a medida que hablaba—: Temperatura, presión atmosférica, velocidad, cota alcanzada…

Edna se levantó y se acercó al cuadro.

—Así que, en estos momentos, viajamos a cuarenta y ocho kilómetros por hora y nos hallamos a veintiséis mil metros de profundidad —dijo.

—Exactamente. Nos quedan, por tanto, unos veinte kilómetros antes de aparecer en la superficie… es decir, algo menos de treinta minutos de viaje.

—Resulta aterrador pensar en que a tal profundidad…

Edna no pudo continuar hablando. La caja cilíndrica se estremeció bruscamente.

IV

Primero fue una brusca sacudida, acompañada de un fuerte ruido, como del producido por una gran bolsa de papel al explotar mediante una palmada. Luego, el ascensor se paró de modo tan brusco, que Alex y Edna ascendieron más de un metro en el aire.

Edna gritó. Durante unos segundos, mientras el ascensor detenía su veloz movimiento de subida, manotearon y se agitaron ridículamente en el aire, incapaces ambos de coordinar los movimientos de sus brazos y piernas. Luego, el ascensor se detuvo un punto y ellos cayeron y rodaron por el suelo.

—¡Alex! —gritó Edna, aterrada—. ¿Qué sucede? El ascensor reanudó su marcha, pero ahora en sentido inverso.

—¡Caemos! —exclamó Alex dramáticamente. Edna, aún en el suelo, se apoyó en las manos y clavó sus ojos en la aguja indicadora de nivel, que se movía en sentido inverso, aumentando gradualmente su velocidad.

—¿Qué ha pasado, Alex? —preguntó.

—Sencillamente, que ha fallado el mecanismo de compresión — respondió el joven.

La velocidad de descenso aumentaba por segundos. La aguja de

nivel de profundidad marcaba cifras cada vez más elevadas.

Edna la miró con ojos desorbitados.

21 kilómetros... 22... 23... 24...

Veintidós kilómetros más abajo, estaba el suelo.

—¿No... no se puede hacer nada? —preguntó angustiadamente.

Alex hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Debía luchar con toda la potencia de sus músculos para contrarrestar los efectos de la velocidad de caída, que tendían a lanzarle contra el techo del ascensor.

La aguja continuaba moviéndose implacablemente.

27 kilómetros... 28... 29... 30...

—Todavía tenemos un recurso —dijo él.

Se acercó al cuadro de mandos y puso el dedo sobre un botón.

—Edna, tiéndase de espaldas en el suelo y relaje los músculos. Coloque las manos bajo la nuca.

—Sí, Alex.

El joven esperó a que Edna hubiese adoptado la postura señalada. Luego hundió el pulgar a fondo.

Esperó un par de segundos que se le hicieron infernalmente largos. Algo rugió en las entrañas del cilindro, bajo sus pies.

Entonces, dando un salto, se tiró al suelo, rodó sobre sí mismo y se situó en la postura que había aconsejado a la muchacha.

La caída se refrenó en pocos segundos, de una manera brutal. Edna gritó al sentir sobre sí el peso de varias gravedades.

Por unos momentos, creyó que se le aplastaba la caja torácica. Luego, el movimiento de descenso se detuvo cuando la aguja de nivel señalaba la cifra 38.

El cilindro permaneció un momento inmóvil. Bajo ellos, algo rugía atronadoramente.

—Cuidado —advirtió Alex.

Edna siguió en la misma posición. Súbitamente, se creyó en el interior de un proyectil, disparada a lo alto a gran velocidad.

De nuevo volvió aquella aguda sensación de opresión. No podía moverse y apenas si entraba aire en sus doloridos pulmones. Creyó que iba a morir.

El dolor cesó poco después, Edna quedó agotada, incapaz de levantarse del suelo.

Alex se arrodilló a su lado.

—Estamos salvados —dijo, ayudándola a sentarse.

Edna estaba mortalmente pálida.

—Subimos —dijo con voz insegura.

—Sí. Ahora no hay peligro —sonrió él, para darle ánimos—. Mire la aguja de nivel.

Edna volvió la vista. Las cifras señaladas eran cada vez menores.

—¿Qué método ha empleado? —preguntó, atónita.

—Cuando se construyó el ascensor, se previó una posible avería por fallo en el sistema de compresión —respondió él—. Entonces, se instalaron unos cohetes propulsores en el fondo del cilindro.

Edna observó la aguja de velocidad. Subían a sesenta y seis kilómetros por hora,

—Pero... saldremos disparados al llegar a la superficie —dijo.

—No. Los cohetes contienen una carga de combustible capaz de propulsarlos durante ciento veinte kilómetros. Pero hay un mecanismo de paro automático, conectado a un sistema que funciona con la presión atmosférica existente en la superficie. A cien metros, empezará el frenado... y tampoco será agradable de soportar.

Edna suspiró.

—Nunca me imaginé que podría correr semejantes aventuras cuando me ofrecí para hacer el reportaje —dijo.

—Tampoco se imaginó usted que, en todos los años que llevamos aquí, se iba a encontrar usted con la primera avería sufrida por el ascensor. Jamás había ocurrido nada semejante — aseguró Alex con gran énfasis.

—Espero que no vuelva a suceder —dijo Edna, sonriendo.

—Así lo espero yo.

Alex se acercó al cuadro indicador.

—Faltan dos mil metros —dijo—. Llamaré al escalón de superficie.

Cerca del cuadro de mandos había una caja adosada a la pared. Abrió la tapa y sacó el teléfono.

—Escalón de superficie, aquí ascensor —llamó.

Aguardó unos momentos.

—Escalón, aquí ascensor —insistió.

Golpeó la horquilla del aparato nerviosamente.

—¡Conteste, escalón de superficie! ¡Habla el ingeniero Keyhoe,

desde el ascensor, subiendo! ¡Contesten!

Edna le contemplaba con gran interés. Al cabo de unos momentos, Alex volvió el aparato a su sitio.

—Tal vez la caída averió la línea —sugirió.

—¡Qué raro! —murmuró ella.

Alex no dijo nada. Contempló el movimiento de la aguja de nivel, que se acercaba con rapidez al punto mínimo.

—¿Cómo se sostendrá el ascensor, una vez se haya detenido en la superficie? —preguntó ella.

—Saldrán disparadas unas zapatas de presión, que lo mantendrán a nivel —explicó Alex.

Instantes más tarde, notaron la pérdida de velocidad. Diez segundos después, percibieron un seco golpe.

—Las zapatas —dijo Alex.

Y se dirigió hacia la puerta.

—Ahora veremos por qué no contestan los de superficie —dijo.

Abrió la puerta y se encontró con un espantoso cuadro, el que podían ofrecer los cuerpos de cuatro personas tendidos sobre charcos de su propia sangre.

—¡Dios mío! —exclamó, aterrado.

El escalón de superficie era un vasto cobertizo de forma semiesférica, provisto de grandes ventanales a la altura de la cintura de una persona. Unos mamparos opacos separaban los habitáculos del personal de superficie y los servicios higiénicos, que ocupaban apenas una quinta parte de la superficie total.

El resto: servicios de enlace, comunicaciones, maquinaria, almacén y demás, quedaban a la vista, y aunque también estaban separados entre sí, los tabiques medían apenas un metro de altura.

Pero Alex sabía que, de ordinario, sólo había cuatro o cinco hombres en el exterior. Cuatro estaban muertos; no cabía la menor duda.

Detrás de él, Edna dejó escapar un grito de pánico.

—¡Alex!

El joven dio un paso fuera del ascensor. Entonces divisó la espalda de un hombre curvado hacia el suelo, haciendo algo que no pudo ver desde el primer momento.

—¡Eh, usted! —gritó.

El hombre se irguió. Miró a Alex y, de repente, sin previo aviso,

sacó una pistola y disparó.

La bala se estrelló contra la pared metálica del ascensor y rebotó con agudo maullido.

—¡Adentro, Edna! —gritó Alex, a la vez que se lanzaba hacia adelante.

Sonó otro disparo, cuyo proyectil erró nuevamente el blanco. Alex rodó sobre sí mismo, hasta alcanzar la base del mamparo, al pie del cual quedó en actitud expectante.

Lanzó una rápida mirada hacia el ascensor. Edna se había refugiado en su interior, cerrando la puerta, de la solidez precisa para impedir el paso de un proyectil ordinario. Pero él estaba desarmado y su oponente tenía una pistola, todo lo anticuada que se quisiera, pero no por ello menos efectiva.

Cuatro cuerpos ensangrentados lo demostraban. Alex se preguntó qué horrible drama había acontecido mientras ellos pasaban tan graves riesgos en el interior del ascensor.

Esperó unos momentos, agazapado al pie del mamparo. De pronto, creyó oír pasos cautelosos al otro lado.

Tensó todos los músculos, disponiéndose a actuar. El otro miembro del escalón de superficie debía de haber sufrido un ataque de locura; de otro modo, no se concebía aquella matanza en masa.

Un par de piernas aparecieron de pronto ante sus ojos. Alex se puso de rodillas.

El asesino surgió al descubierto. Llevaba en la mano una pesada caja, de la que sobresalía un largo cordón negro, cuyo extremo libre humeaba sospechosamente. En la mano derecha tenía la pistola.

Alex se lanzó hacia adelante, antes de que el asesino pudiera dispararle. Alcanzándole en el bajo vientre con la cabeza, lo derribó al suelo.

La caja se le escapó de la mano y cayó al suelo. Pero aún seguía sosteniendo la pistola.

El arma explotó casi en la oreja del joven, ensordeciéndole momentáneamente. Alex alzó la mano izquierda y atrapó la muñeca de su adversario, que se debatía furiosamente.

Los dos hombres rodaron por el suelo, peleándose como fieras. Sonó otro tiro y Alex sintió una quemadura en el hombro izquierdo.

La cara del asesino era una máscara de furia demoníaca. Alex luchó con todas sus fuerzas, golpeándole el rostro salvajemente. No

sólo era su propia vida, sino la de los demás lo que estaba en juego en aquellos terribles momentos.

De pronto, en uno de los vaivenes de la lucha, vio algo que le erizó los cabellos.

La mecha se había reducido a menos de la mitad. Si se producía la explosión, el escalón de superficie quedaría arrasado.

El ascensor volaría en mil pedazos y el tubo quedaría cegado. Abajo morirían decenas de personas.

—¡Edna! —gritó.

La muchacha apareció en la puerta de la cabina y contempló con ojos horrorizados aquella enloquecida pelea.

—¡La mecha! —gritó él—. ¡Apáguela o...!

Edna comprendió al instante. Saltó fuera de la cabina y echó a correr hacia la bomba.

El asesino la vio. Encogió la pierna derecha y golpeó duramente el bajo vientre del joven.

Alex soltó su presa parcialmente. El asesino le golpeó de nuevo, desasiéndose de él por completo. Pero en el empeño perdió la pistola.

Alex quedó tendido en el suelo, con los ojos llenos de lágrimas a causa del dolor que sentía en la ingle. Prácticamente impotente para moverse, vio al asesino arrojarse sobre Edna y lanzarla a lo lejos de un tremendo empellón.

La joven gritó. El asesino se inclinó, cargó con la bomba y corrió hacia el ascensor.

Sus intenciones eran evidentes: iba a colocar la bomba dentro de la cabina, haría funcionar el mecanismo del descenso y la explosión se produciría a unos centenares de metros más abajo.

El asesino alcanzó la puerta y la abrió.

V

Sólo había un medio de detener a aquel demente. Alex alcanzó la pistola, apoyó el codo en tierra y abrió fuego.

Disparó hasta agotar las municiones, apuntando a la espalda del asesino. Se oyó un largo alarido de agonía entre los estampidos del arma.

El asesino dejó la bomba y cayó a un lado, moviéndose débilmente. Edna se puso en pie y corrió hacia el ascensor. Llegó junto a la bomba, pegó un tirón y arrancó la mecha cuando apenas si quedaban unos centímetros para que el fuego se propagase al explosivo.

Alex se sentó en el suelo, friccionándose el vientre con una mano. Inspiró varias veces para normalizar el ritmo de su respiración y luego se puso en pie.

Edna estaba muy pálida, pero se esforzó por sonreír.

—¿Cómo se encuentra, Alex? —preguntó.

—Físicamente, bien; en otro sentido, estoy anonadado.

Ella asintió. Alex se arrodilló junto al asesino y le dio la vuelta.

El hombre había muerto. Alex registró sus ropas y encontró documentación a nombre de Rilk Caynx.

—No entiendo qué le pasó a este pobre hombre —dijo—. Debió de sufrir un ataque de locura, sin duda... pero aquí, en el exterior, no tenía siquiera la excusa de la claustrofobia. A veces, abajo, es preciso enviar a uno de los operarios arriba, cuando la sensación de encierro se le hace opresiva en extremo, pero aquí... pudiendo salir afuera cuando le apetecía...

Arrodillado como estaba, miró en torno suyo. Era imposible hacer nada ya por los cuatro miembros restantes del escalón de superficie.

Dos de ellos habían muerto instantáneamente, sin darse cuenta de lo que les sucedía. Otro había intentado luchar con Caynx, pero fracasando en su intento de desarmarle; los destrozos del rostro indicaban que Caynx le había abrasado a boca jarro con sus disparos.

El cuarto había intentado escapar. Solo por un paso no había conseguido su objetivo; el balazo mortífero, recibido en plena nuca, le había alcanzado casi en el umbral de la puerta.

—Alex —dijo Edna de pronto—, Caynx no enloqueció. Sabía perfectamente lo que se hacía.

—¿Cómo dice? —respingó él.

—Mírele los ojos. Era un sharanyiano.

Alex se inclinó sobre el rostro de Caynx. Las diminutas facetas de sus pupilas se distinguían fácilmente a simple vista.

—Un hombre de Sharanyii —murmuró pensativamente—. ¿Era

el mensajero que cita la inscripción?

—Pero no iba a hacer estallar la bomba con un viejo explosivo como es la dinamita —alegó Alex.

—Quizá sólo pretendía cegar el túnel.

Alex frunció el ceño.

—Hay demasiadas cosas raras. Una pistola de hace ciento cincuenta años, una bomba de dinamita... pero, ¿estamos seguros de que es dinamita?

—¿Por qué no examina la bomba? —sugirió ella.

Alex meneó la cabeza.

—Ni hablar, no soy experto en explosivos —contestó—. En cambio, lo que sí voy a hacer es comunicar abajo lo ocurrido.

Se puso en pie y se acercó al tablero de comunicaciones. Levantó el teléfono... y se quedó con él en la mano.

—¡El hilo está cortado! —exclamó.

—Use la radio —aconsejó Edna.

—No hay radio para las comunicaciones con el interior. El espesor de la corteza terrestre lo impide. Tendré que empalmar el cable de nuevo.

Alex buscó herramientas para poder efectuar su trabajo. Mientras tanto, Edna, sobreponiéndose a las impresiones recibidas, huroneaba por el interior de la cúpula.

Al cabo de unos momentos, encontró un destornillador. Regresó junto a la caja del explosivo, se arrodilló en el suelo y empezó a trabajar.

Mientras, Alex había conseguido empalmar el cable. Insertó la clavija en el hueco correspondiente del tablero y llamó al campamento base.

Una voz le respondió casi de inmediato.

—Aquí campamento base. ¿Qué ha sucedido? Hemos notado anormalidad en el funcionamiento del ascensor...

—Las ha habido, en efecto —admitió Alex—. Soy el ingeniero Keyhoe. Póngame inmediatamente con el profesor Waknerr; es muy urgente.

—Bien, aguarde unos instantes.

Alex esperó en el mismo sitio, sin quitarse el teléfono de la oreja. Sólo entonces se dio cuenta de que Edna, arrodillada, trabajaba en la bomba.

—¿Qué hace ahí, muchacha? ¿Quiere que volemos en mil pedazos?

—No sea pesimista, Alex —le reprochó ella,

Alex fue a decir algo, pero, en el mismo momento, oyó al profesor Waknerr.

—¡Alex! ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, Edna y yo nos encontramos perfectamente, pero no se puede decir lo mismo de los cinco miembros del escalón de superficie. Todos están muertos.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué ha pasado, Alex? —preguntó Waknerr al cabo—. Explíquemelo claramente.

—Sí, profesor. ¿Conocía usted a Rilk Caynx?

—Por supuesto. Se incorporó a la expedición hace algunas semanas y...

—Caynx asesinó a tiros a los otros cuatro —le interrumpió Alex —. Cuando nosotros llegábamos a la superficie, después de haber salvado el escollo que supuso la avería en el ascensor, nos recibió a tiros...

Minutos después, Waknerr conocía la verdad de lo ocurrido en el escalón de superficie.

—Es horrible —comentó—. ¿Cree usted que Caynx era el mensajero de que habla la inscripción?

—No me queda la menor duda, profesor. Por fortuna, hemos llegado a tiempo de evitar una catástrofe.

—Sí, pero... ¿qué clase de hombre era ese al que no le importaba morir con tal de destruir la Tierra?

—Un fanático, simplemente, Sharanyii, sin embargo, cometió un error a hacerle actuar con demasiada precipitación.

—¿Por qué dice eso, Alex?

—Es evidente que, como llevaba poco tiempo con nosotros, no conocía bien el funcionamiento del ascensor. De otro modo, habría conocido la existencia de unos chorros de freno para caso de caída de la presión y los habría averiado también.

—Es posible, aunque eso no nos soluciona gran cosa, Alex. El peligro de explosión continúa subsistiendo, ¿Puede usted arreglar el ascensor y enviármelo? Quiero subir a la superficie.

—Lo haré ahora mismo, profesor. Ah, tráigase también al

médico.

—De acuerdo. No se muevan de ahí por ahora y revise todos los instrumentos para el caso de que Caynx haya cometido más estropicios.

—Bien, profesor.

Alex colgó. Miró hacia Edna.

La joven continuaba con sus trabajos. Entonces, sin interrumpirla, se dirigió hacia los alojamientos, de los que salió a poco con unas mantas para cubrir los cadáveres.

Luego revisó los instrumentos. Todo parecía en orden y, tras un par de pruebas, envió el ascensor a las profundidades y lo comunicó por teléfono.

Edna le llamó en aquel instante,

—Venga, Alex.

El joven acudió y se arrodilló a su lado. Edna había separado la tapa de la caja y le enseñaba su interior.

—No hay dinamita, Alex —dijo.

—¡Qué! —exclamó él, atónito—. Entonces, la mecha...

—A mi entender, la mecha no estaba destinada a hacer estallar el fulminante de ningún explosivo —contestó ella—. Simplemente, debía provocar un breve aumento de calor en este aparatito —se lo señaló con la mano —, que debe ser un termostato, en versión sharanyiana, por supuesto.

—Sí, continúe, parece lógico.

—Entonces, ese aumento de temperatura habría disparado un mecanismo que, según creo, habría emitido determinada señal de radio.

—Y la señal hubiese hecho estallar la bomba.

—Exactamente, Alex.

—Sí, pero, ¿por qué colocar la bomba en el ascensor? ¿No podía haberlo hecho desde afuera?

—Usted mismo me dijo antes que usan línea telefónica para las comunicaciones con el interior, ya que la radio resulta inútil.

—No es que resulte inútil del todo; lo que sucede es que el ascensor está continuamente en movimiento. Esto provoca interferencias y estáticas, que siempre son eliminadas satisfactoriamente. En realidad, sólo hay un momento en que las comunicaciones por radio se realizan con toda nitidez.

—Cuando el ascensor se encuentra completamente en el suelo, allá abajo, y el tubo está libre.

—Justamente.

—Pero si instalasen un emisor en el ascensor, las interferencias apenas se notarían.

—Eso creo. Además, hay una trampilla en el suelo para revisar la base y los aparatos de control.

—Entonces, Caynx habría levantado la trampilla y arrojado el transmisor a través del hueco. Son cuarenta y seis kilómetros de caída... y la mecha habría puesto en funcionamiento el termostato antes de cubrir los cinco primeros quilómetros.

Alex movió la cabeza afirmativamente.

—Y las ondas de radio no habrían encontrado el menor obstáculo en su viaje hasta la bomba. Pero, ¿cuál es y dónde está el mecanismo receptor?

—¿Es que no recuerda usted la caja negra, adosada a la cual se halla la placa con la inscripción?

—Sí —convino él con expresión meditabunda—. Entonces, ya sé a qué esperaba Caynx para actuar.

—Hable, Alex —pidió la muchacha.

Alex movió la mano.

—Sígame, Edna, por favor.

Ella caminó detrás del joven. Alex la condujo hasta un departamento, en donde se veía una gran pizarra de cristal, de forma rectangular.

Era un gráfico del avance de la perforación, en el que aparecían con todo detalle las diferentes etapas alcanzadas en el interior de la corteza terrestres.

—Caynx aguardó a que encontrásemos la bomba —dijo—. Podía seguir perfectamente nuestro avance a través del gráfico. Cuando supo que la habíamos encontrado, se dispuso a actuar.., ¡y casi lo consiguió!

Edna guardó silencio durante unos momentos. Luego dijo:

—Alex, es terrible saber que se tiene bajo los pies una máquina infernal capaz de hacer saltar el planeta en mil pedazos.

El joven asintió,

—En cambio —dijo—, ignoramos muchas cosas: cómo vinieron aquí los sharanyianos, cómo llegaron hasta cuarenta y seis

kilómetros de profundidad... pero, sobre todo, el enigma más difícil de desvelar es el de saber qué beneficios pueden obtener con la destrucción de la Tierra.

—Es posible que acabemos sabiéndolo, aunque no va a resultar nada fácil —manifestó Edna—. En todo caso, se trata de un problema de alta diplomacia.

—Sí, tendrá que ser tratado a nivel gubernamental... pero si Sharanyii persiste en sus propósitos destructores, la Tierra tendrá que tomar análogas medidas para defenderse.

—¿Y cree que eso solucionará algo, Alex? —exclamó Edna—. Destruir un planeta para salvar —y no es seguro del todo que lo consigamos— a otro, ¿puede resolver este problema?

—Por lo menos, se les demostrará que también sabemos atacar cuando la ocasión lo requiere —contestó él tajantemente.

VI

El ascensor llegó atestado de gente: Waknerr, el médico, varios especialistas... Alex no hubiera creído jamás que cupieran tantas personas en un espacio en el que, normalmente, sólo se movían cuatro o cinco.

El médico comenzó inmediatamente a examinar los cadáveres. Waknerr se llevó aparte a los dos jóvenes y les pidió un circunstanciado relato de lo ocurrido, mientras los especialistas iniciaban una revisión a fondo del escalón de superficie.

Cuando Alex hubo terminado su narración, el profesor Waknerr dijo:

—El plan trazado debe seguir adelante tal como lo ideamos. Licenciaré al personal, salvo un par de hombres que se quedarán aquí arriba para las transmisiones, conmigo, más Díaz y Ball, que cuidarán de la bomba allá abajo. Usted, Alex, se entrevistará con la Directora de I. C. No la conozco —masculló el profesor entre dientes—; su nombramiento es muy reciente, pero supongo que estará al corriente de nuestros trabajos.

—Así lo creo yo —dijo Alex.

—Bien, cuente a la señora Jaffres lo que ocurre y pídale la ayuda necesaria. Sobre todo, discreción, y usted, señorita...

Waknerr se volvió hacia la muchacha.

—Discreción, sobre todo, ¿me ha entendido? —concluyó.

—Yo sí pienso ser discreta, pero, ¿lo serán los ochenta o cien individuos a quienes usted piensa enviar una temporada a sus casas?

Waknerr parpadeó.

Era evidente que las palabras de Edna le habían desconcertado. La periodista continuó:

—A mi entender, profesor, puede suspender los trabajos, si así lo estima procedente, pero no licencie al personal. Una o dos semanas se pasan pronto y a todos ellos les agradará mucho perecear, aquí afuera, al sol. ¿No le parece a usted que es lo más conveniente, Alex?

El joven movió la cabeza en señal de asentimiento.

—¡Ojalá pudiera hacerlo yo! —suspiró—. Bien, vámonos cuanto antes, Edna. Esta noche misma tenemos que llegar a la capital, para ver de conseguir mañana una entrevista con la Directora de I. C.

—Ah, profesor —exclamó Edna—, y un consejo: los cinco muertos lo han sido en accidente profesional. Si se hace público que se han cometido cuatro asesinatos y un homicidio en defensa propia, esto se llenará de periodistas y… ¿se imagina usted el resto?

Waknerr se estremeció.

—Con demasiada facilidad —gruñó.

Si venían periodistas, la noticia acabaría inevitablemente por hacerse pública y el pánico cundiría en el planeta.

Esto era algo que debían evitar a toda costa.

Momentos después, Alex y Edna, acompañados por Waknerr, salían al exterior.

El Sol estaba aún bastante alto. El escalón de superficie se hallaba en el centro de un valle de suaves laderas y de forma muy alargada, a menos de doscientos metros de un río de bastante amplitud y notable caudal, aun en verano, que era la estación del año en que se encontraban.

El fondo del valle era prácticamente llano, con suaves ondulaciones en paralelas la mayor parte a su eje longitudinal. La inclinación de las laderas comenzaba a unos seis o setecientos metros a ambos lados del río.

A unos cinco o seis mil metros, hacia el Norte, una barrera

montañosa cerraba una de las salidas del valle. Una profunda garganta permitía el paso del río, el cual ganaba el valle mediante una serie de sucesivas cascadas, que formaban una a modo de escalera de gigantescos peldaños.

El río nacía muy lejos, en el corazón de la cordillera, y su curso accidentado se remansaba a partir del valle. En las cercanías de éste, la garganta alcanzaba su punto más estrecho, con una separación mínima entre sus muros de unos treinta o treinta y cinco metros. Eran unos parajes encantadores, adonde solían ir a pasar sus horas de ocio los miembros de la expedición.

Pero Alex y Edna no estaban para admirar paisajes más o menos bucólicos. Cerca de la cúpula del escalón de superficie había un cobertizo que albergaba varios helichorros destinados al servicio de la expedición. Alex ayudó a la muchacha a entrar en uno de ellos y, tras las operaciones de rutina, puso el motor en marcha y despegó.

Minutos más tarde, habían alzado el vuelo e iniciaban el cruce sobre la cordillera. Desde la altura, Edna observó el suelo.

—Me parece que se colocaron ustedes demasiado cerca del río —dijo.

—¿Por qué? No hay filtraciones; el subsuelo es eminentemente rocoso y esto, que parece un inconveniente, resulta más bien una ventaja. Nuestra perforadora trabaja cien veces mejor con terreno duro.

—Me lo imagino fácilmente. Pero, ¿qué ocurriría si se produjese de repente una crecida de las aguas del río?

—No hay cuidado por esa parte —respondió Alex—. Antes de perforar, estudiamos las conducciones higro y pluviométricas de la comarca. Ese río no ha subido nunca, en los últimos doscientos veinticinco años, más de dos metros y medio o tres de su nivel medio, cota insuficiente para inundar la llanura inferior del valle. Por otra parte, está demasiado próximo a las montañas para recibir un caudal excesivo de otros afluentes, ni aun en la época del deshielo primaveral.

—Eso me tranquiliza —sonrió Edna.

Al anochecer, vislumbraron en la lejanía el resplandor que producían las luces de la capital,

—¿Dónde piensa alojarse usted? —preguntó Edna.

—Pues no lo había decidido todavía.

—Véngase a mi casa —ofreció ella sin falsos remilgos—. Vivo en un apartamiento pequeñito, pero bastante bien arreglado. Por una noche, podre cederle una cama en el cuarto de huéspedes. Y la dispensadora de alimentos está siempre a punto de funcionar.

—Es un programa que me atrae —accedió él, sonriendo.

Media hora más tarde, el helichorro se había posado sobre la azotea del edificio donde vivía Edna. Un ascensor les llevó al piso décimo noveno, que era donde la joven periodista tenía su apartamiento.

Al llegar frente a la puerta del mismo, Edna abrió el bolso y sacó la llave. Un instante después, comprobaba con gran asombro que la puerta del piso estaba abierta.

—¡Qué raro! —dijo, mordiéndose los labios—. ¡Juraría que la dejé cerrada con doble vuelta de llave!

Alex se puso instantáneamente en guardia. Tenía en su equipaje la pistola que había usado Caynx y la sacó, junto con un cargador que había encontrado en el alojamiento del asesino.

—Deja —murmuró—; yo pasaré primero,

Alex empujó la puerta. Casi en el acto, oyó una voz que tarareaba alegremente una conocida canción.

El hombre dejó de cantar de pronto para hacer una pregunta:

—¿Tienes bastante, Mahy? Puedo servirte otra ración...

—No, ya he comido suficiente por hoy, Jim —contestó el otro individuo, con una voz gruesa, gutural, en la que se adivinaba una evidente dificultad para la pronunciación de las palabras.

Alex y Edna se contemplaron mutuamente, con expresión de unánime sorpresa. El primero que había hablado, dijo:

—Pues si tienes hambre, no le hagas ascos a la comida, Mahy; esta casa es de mi sobrina Edna y ella sabrá ser comprensiva cuando se entere de que hemos sido sus huéspedes. Es periodista, ¿sabes?, y siempre anda de aquí para allá...

Alex seguía mirando a la muchacha. Ella murmuró:

—Es increíble. Estaba segura de que tío Jim había muerto en... Baje el arma, Alex; no hay peligro alguno.

El joven asintió, mientras Edna atravesaba el vestíbulo con paso resuelto. Metió la pistola dentro de la camisa, pero dejó un botón suelto, para poder sacar el arma con facilidad en cualquier momento.

Luego siguió tras Edna. Se oyó una voz masculina:

—¡Sobrina, qué alegría verte!

Alex cruzó el umbral de la puerta próxima. Inmediatamente divisó a dos individuos, uno de los cuales, evidentemente, no había nacido en la Tierra.

—¡Pero, qué guapa estás! —exclamaba en aquel momento el tío de Edna—. Deja, deja que te contemple... Eres el vivo retrato de tu madre, muchacha. ¡Cuánto nos queríamos mi hermana y yo...! Ah, pero si no vienes sola, Edna! ¿Tu marido? —preguntó el individuo al ver a Alex.

—No, tío Jim; un amigo. Es el ingeniero Alex Keyhoe —contestó Edna—. Alex, le presento a mi tío Jim Haats.

—¿Cómo estás, muchacho? —saludó Haats. Era un hombrecillo delgado, menudo, calvo, de ojos vivaces y nariz aguileña. Alex calculó que debía de contar unos cincuenta años.

—Encantado, señor Haats —respondió el joven rígidamente.

Haats se volvió hacia el otro personaje. Era un sharanyiano, no cabía la menor duda.

Medía casi dos metros y medio de altura, por uno de diámetro. Parecía, en sustancia, una botella de forma alargada, con una pequeña protuberancia en la parte superior, que era el cráneo, en el cual destacaban dos ojos de forma circular y unos ocho centímetros de diámetro, que parecían trozos de cristal tallado en numerosas facetas, que despedían constantes destellos en todas direcciones.

Una línea horizontal era la boca en aquel rostro de superficie curva, sin otras protuberancias que las pupilas salientes, a ambos lados de las cuales había sendos orificios que eran, a la vez, fosas nasales y oídos. Más abajo, a treinta centímetros de la base de la cabeza, apenas sin cuello, nacían dos largos brazos, cilíndricos, flexibles, rematados en manos tridáctilas. Las piernas eran cortísimas, apenas unas extremidades que terminaban en unos pies anchos y planos, lo cual no les impedía correr extraordinariamente, si la ocasión lo requería. Alex sabía que los individuos de aquella raza poseían una fuerza fenomenal.

—Este es mi amigo Mahy —les presentó Haats—. Hemos llegado juntos de Sharanyii, donde tenemos negocios comunes y, puesto que no encontrábamos mejor alojamiento, me permití asaltar tu piso, sobrina. Espero no te haya causado una gran extorsión,

Mahy no había pronunciado una sola palabra desde que entraron en el comedor. Alex se dio cuenta de que, pese a la inexpresividad de sus pupilas, les escrutaba con profunda atención.

—Te creía muerto —declaró Edna, eludiendo una respuesta concreta a las palabras de su tío—. Al menos, esas son las noticias que teníamos de ti a través de la Embajada terrestre en Sharanyii.

—Oh, tonterías —exclamó Haats desdeñosamente—. El embajador y sus funcionarios son una cohorte de mulos, que no distinguen el jamón de la cebada. Tuve un accidente grave, es cierto, pero me repuse y... Bien, cuánto me alegro de verte, sobrina. ¿De veras no te estorbamos? En todo caso, Mahy y yo podemos ocupar una sola habitación...

—Yo me iré a un hotel —dijo Alex—. Edna, la dejó en compañía de su lío...

—¡No! —exclamó ella con vehemencia—. Quédese, Alex; le arreglaré el diván de la sala para que pueda dormir esta noche aquí. Ahora, con su permiso, voy a mi dormitorio un momento; tengo que arreglarme y... Dispénseme, por favor.

Edna abandonó la sala con paso largo y clástico. Jim Haats miró a Alex, le hizo un guiño cómplice y sonrió:

—¡Cómo les envidió, a ustedes, los jóvenes! —exclamó—. Ella, Edna, es una muchacha estupenda, de todas prendas, se lo digo yo, que conocía bien a su madre. Si las viera a las dos juntas, diría que son hermanas...

—Quizá pueda decirlo algún día, señor —le interrumpió Edna bruscamente—. Mi madre vive todavía, gracias a Dios, ¿Quién es usted, impostor? ¡Contésteme o disparo!

Alex respingó, mientras el supuesto Jim Haats se volvía hacia Edna no menos sorprendido.

—¡Usted no es mi tío! —declaró ella con voz firme, tanto como la mano sostenía un revólver de tamaño diminuto—. De lo contrario, sabría que mi madre está viva todavía. Vamos, responda: ¿Quién es usted?

La expresión sonriente del falso Haats se transformó en una máscara de maldad. Entonces, al contemplar su rostro, Alex comprendió que Edna había dicho la verdad.

Metió la mano en el interior de la camisa. Aquel impostor no le preocupaba en exceso; era poca cosa, físicamente comparado con él.

Pero el sharanyiano…

Mahy se puso en pie bruscamente y pasó al ataque, emitiendo un alarido atronador.

VII

Alex alzó la mano armada, pero no tuvo tiempo de utilizar la pistola. El sharanyiano se le echó encima, le asestó un poderoso cabezazo en pleno pecho, lo derribó y pasó por encima, atropellándole con toda facilidad.

Alex se encogió sobre sí mismo, desarmado por la potencia del impacto, temeroso de un pisotón de aquella masa cuyo peso superaba los ciento cincuenta kilos. Pero el individuo no se detuvo, sino que siguió corriendo y atravesó el vestíbulo, antes de que Alex y Edna hubiesen tenido tiempo de reaccionar.

Se oyó un estrépito espantoso. Mahy, para no perder tiempo, había cargado contra la puerta, pulverizándola. Salió al corredor y se lanzó en busca de la escalera.

El impostor quiso correr tras él, pero Alex, rehecho en parte, alargó una mano y le agarró por un tobillo, derribándole al suelo. Un pie buscó la cara del joven y Alex se ladeó, para evitar el golpe.

Alex se puso de rodillas. El impostor quiso incorporarse, pero, en el mismo instante, un puño se abatió sobre su mandíbula con resultados devastadores. Un momento después, Alex se incorporaba definitivamente, chupándose los nudillos con aire pensativo.

Miró a la muchacha.

—Así que su madre vive —dijo.

Ella asintió.

—Cuando él —señaló al caído—, habló de mi madre en pretérito, sospeché que mentía. Me extrañó muchísimo que la Embajada terrestre en Sharanyii hubiese cometido un error de semejante calibre.

—Él sí lo cometió al adoptar la personalidad de su tío. Pero usted creyó que era Jim Haats desde un principio.

—Es su vivo retrato —contestó Edna—. Sospecho que se sometió a una operación de cirugía estética y… ¿Adónde habrá ido el otro, Alex?

El joven cruzó el vestíbulo y se asomó al corredor, a través de la puerta hecha astillas. Algunos curiosos se asomaban a las puertas de los pisos, aunque ninguno de ellos se atrevió a formularle la menor pregunta.

Alex regresó junto a Edna.

—Se ha quedado sin puerta —dijo—. ¿Qué hacemos?

—Meta a ese hombre en mi dormitorio —contestó ella—. Yo llamaré al administrador del edificio para que ponga una nueva cuanto antes.

—Muy bien.

Alex se inclinó y cargó con el inconsciente cuerpo del impostor. Pasó al dormitorio, arrojó a su cautivo sobre el lecho y se sentó a esperar.

Una hora después, entró Edna.

—Ya está —dijo—. Han puesto la puerta de un departamento desocupado momentáneamente. Todos son idénticos, así que no ha habido dificultad en subsanar los desperfectos. ¿Qué dice ese individuo?

—Aún está dormido —contestó Alex—. Sin embargo, sé que su verdadero nombre es Bill Pewliss, sin profesión definida y residente temporal en Sharanyii. Es todo lo que he podido sacar en claro de su documentación.

—Mi tío Jim murió, efectivamente —manifestó la joven—. No hay la menor duda. Acabo de hablar con mi madre.

Los ojos de Edna se oscurecieron.

—Tío Jim era agente secreto —añadió.

Alex emitió un silbido.

—Algunas cosas se comprenden ahora —murmuró.

Pewliss se removió en aquel momento. Alex se puso en pie y aguardó a que el prisionero se hubiese recobrado por completo.

Unos minutos más tarde, Pewliss se sentaba en el lecho y contemplaba a la pareja con expresión inquieta.

—¿Qué es lo que me van a hacer ahora? —preguntó recelosamente.

—Depende de usted —contestó Edna—. En primer lugar, quiero saber exactamente qué le pasó a mi tío…

—Yo no sé nada…

—Pewliss —dijo Alex—, el señor Haats murió, probablemente

asesinado. El Servicio Secreto Interestelar tendrá mucho interés en conocer las circunstancias de su muerte. ¿Quiere usted que llame a un oficial amigo que tengo en el Estado Mayor del S.S.I.?

—Yo no fui —gruñó Pewliss—. Ellos me buscaron y me pagaron una buena suma por tomar el aspecto de Haats. Me dijeron que no era nada malo; sólo tenía que pasar una temporada por Jim Haats...

—¿Le vio usted con vida? —preguntó Edna.

—Sí —admitió Pewliss de mala gana—. Tuve que verle y hablamos muchas veces. Yo debía conocer todos los detalles posibles de su vida...

—Y él le mencionó a mi madre, es decir, a su hermana Jeannie.

—Claro —admitió Pewliss—. Lo que no dijo era que vive todavía.

—Porque sabía que lo iban a matar y quería que se descubriese el engaño —adujo Edna—. Estaría muy bien escondido, ¿no?

—Si no ha estado en Sharanyii, todas las explicaciones acerca del escondite, sobran —contestó Pewliss.

—Eso es lo de menos ahora —terció Alex—. ¿Qué hicieron luego con él?

—No lo sé. Desapareció un día de mi vista. Luego, los médicos de... bueno, donde yo estaba, me transformaron la cara y, más tarde, el jefe de todo aquel asunto, nos envió a la Tierra a Mahy y a mí. Pero no me pregunten más; Mahy era el que llevaba las instrucciones para actuar y él lo sabe todo.

—Usted sabe todavía más cosas —dijo Alex—. No trate de engañarnos, Pewliss; es un asunto demasiado serio para ser tomado a chacota. ¿A qué vinieron aquí?

—Ya le he dicho todo lo que sé. Yo lo único que tenía que hacer era introducirle en el círculo de amistades de mi sobrin... bueno, de la señorita Laramery. Pero aquel granuja nos engañó...

Encolerizada, Edna le asestó un bofetón que lo tiró de espaldas sobre la cama.

—¡No hable así de mi tío, granuja! —gritó, exasperada.

Alex agarró a la muchacha por un brazo.

—Cálmese —pidió. Luego dijo—: No comprendo cómo habían de venir precisamente aquí, a su casa. El... asunto se ha descubierto esta misma mañana, Edna.

—¿Es que no lo comprende? —Edna se volvió hacia Alex—. Mi

revista donó hace tiempo una importante subvención para ayudar a la financiación de los trabajos de perforación. Gracias a ello, tenía las primicias de toda noticia que se producía allá abajo y en cada uno de sus números publicaba un extenso trabajo sobre la marcha de la perforación, con datos acerca de los progresos realizados en la misma.

Alex movió la cabeza.

—Y en Sharanyii, por medio de esas informaciones, se enteraron de que estaban a punto de llegar al lugar donde se encuentra...

—No diga más —cortó ella—. Esa es la única explicación viable.

—Comprendo. ¿Qué hacemos ahora con este bribón, Edna?

—No sé si es verdad lo que dijo antes, pero mi madre sí tiene un conocido en el S. S, I. y me ha prometido avisarle. Vendrá esta misma noche.

Pewliss les escuchaba con toda atención. De repente, alargó la mano y arrancó lo que parecía ser el tacón de su zapato derecho.

Inmediatamente, lo lanzó al suelo. Un vivísimo fogonazo se produjo en el acto, junto con una sorda detonación.

Alex y Edna quedaron ciegos por unos instantes. Pewliss había tenido la precaución de colocarse el antebrazo sobre los ojos y resistió impunemente las consecuencias del chispazo.

Mientras los dos jóvenes se tambaleaban, Pewliss atravesó el dormitorio y corrió hacia la salida. Abrió la puerta y se encontró delante de un hombre que empuñaba una pistola con un cañón descomunal.

—¿Eh? —dijo Pewliss.

El hombre, en cambio, no dijo nada.

Se limitó a apretar el gatillo.

La pistola despidió un chispazo de luz anaranjada. El grito que iba a lanzar Pewliss quedó cortado instantáneamente.

Una nube de humo surgió en el lugar donde había estado el hombrecillo. Tranquilamente, et sujeto dio media vuelta y se alejó hacia el ascensor, en el que desapareció sin ser molestado.

Momentos después, Alex aparecía en la puerta, mirando a derecha e izquierda... Edna llegó segundos después.

—¿Ha escapado? —preguntó sin aliento.

—Creo que sí... ¡Aguarde!

Alex se arrodilló y examinó el polvillo de color oscuro que

cubría parte de la entrada. Pasó el dedo y luego se puso en pie, mirando a la joven con expresión sombría.

—Pewliss ha corrido el fin que suelen tener todos los sujetos de su calaña —dijo, tras unos segundos de pausa.

* * *

La Directora de Investigaciones Científicas dio una sorpresa a los dos jóvenes cuando accedió a recibirles al día siguiente.

Su nombre era Alina Jaffres y era una mujer todavía joven, esbelta y guapa, de cabellos oscuros, peinados cuidadosamente, tez muy blanca y manos largas y finas, rematadas en unas uñas pintadas de oro.

Sus ojos estaban velados por unas gafas de cristal ligeramente coloreado de azul y su indumentaria, dentro de la discreción a que estaba obligada por el cargo, era de una gran elegancia.

La señora Jaffres escuchó con suma atención el relato que Alex le hizo de todo lo ocurrido. Una vez hubo terminado el joven su narración, se puso en pie y empezó a pasearse por el despacho.

—Es una noticia poco agradable, en efecto —convino—, y si se hiciera pública, se provocaría un gran pánico. Naturalmente, debemos evitar que se produzca semejante contingencia...

—Debe ponerse en contacto con el S. S. I. —aconsejó Alex.

La señora Jaffres se volvió hacia Alex,

—Ingeniero, deje que haga lo que yo crea más oportuno —respondió—. Soy la responsable de este departamento ministerial...

—Y en estos momentos, también de las vidas de miles de millones de personas —exclamó Edna con gran vehemencia—. Es preciso actuar antes de que sea demasiado tarde. Los agentes sharanyianos están trabajando para lograr la destrucción de nuestro planeta y nuestro deber es…

—Señorita Laramery, le agradezco profundamente todos sus trabajos y sus buenos deseos —contestó Alina fríamente—. En cuanto a usted, ingeniero, le recomiendo vuelva cuanto antes a su trabajo. Eso es todo. Buenos días.

Alex se quedó con la boca abierta.

—¿No... no tiene nada más que decirnos? —balbuceó.

—Creo haberles dicho ya bastante —manifestó Alina, sin

abandonar su tono distante—. Por favor, estoy esperando una visita de importancia.

Edna se puso en pie.

—Si ocurre algo, usted será la responsable...

Alina la interrumpió con una cortés risita, no exenta de sarcasmo.

—Si el planeta estalla, no habrá nadie a quien hacer responsable del desastre. Buenos días, señorita, ingeniero —concluyó en todo definitivo.

Alex y Edna abandonaron el despacho. Ella, sobre todo, estaba furiosísima.

—¡Habráse visto frescura! —exclamó, dominando su ira a duras penas.

Alex tiró de la muchacha hacia la salida.

—Vamos —dijo imperativamente—, tenemos que hablar.

Ella le siguió a la fuerza. En la puerta del antedespacho, se cruzaron con un individuo que penetraba con gran precipitación.

El hombre tropezó con Edna y le pidió excusas cortésmente. Era un sujeto alto, fornido, de sienes grises y facciones enérgicas, cuya edad debía frisar en las proximidades del medio siglo. Pasó rápidamente junto a la pareja, pero, de pronto, se volvió y llamó a la muchacha.

—¡Señorita!

Edna volvió la cabeza.

—¿Es a mí? —preguntó.

—Sí... ¿Se llama usted Laramery? —preguntó el hombre.

—En efecto, señor.

El hombre de las sienes grises juntó los tacones.

—Coronel Winkler, del S. S. I. —se presentó—. Soy bastante amigo de la señora Laramery, su madre y, al verla a usted, me pareció por un momento que era ella. ¡La semejanza entre ambas es asombrosa, señorita!

Edna sonrió.

—Mi madre se sentirá muy halagada cuando se lo diga, coronel —contestó—. Por cierto, ¿ha dicho que pertenece al S. S. I.?

—En efecto, pero ahora habrá de dispensarme, señorita. —Winkler consultó su reloj de pulsera—. Tengo una cita importantísima... ¡Adiós!

Y se coló en el despacho de la Directora de I. C. antes de que la sorprendida Edna pudiera detenerle.

Edna se volvió a continuación hacia el joven.

—Alex, ¿se ha dado cuenta? Winkler es amigo mío… ¡y pertenece al S. S. I.! Podemos pedirle que nos ayude, ¿no le parece?

—La Directora se lo está pidiendo en estos momentos —contestó Alex sorprendentemente.

—¿Eh? —dijo Edna, desconcertada.

—Era de eso precisamente de lo que quería hablarle —contestó Alex, tirando nuevamente de su brazo—. Me di cuenta de que la señora Jaffres se mostraba muy reticente, lo cual sólo tiene una explicación.

—El coronel Winkler.

—Justamente. —Entraron en el ascensor que les conduciría a la planta—. Además, ella dijo que esperaba una visita muy importante. No nos ha mentido.

—¿Entonces…? —Edna se mordió los labios.

—Creo que nosotros ya hemos hecho de nuestra parte cuanto podíamos hacer. El asunto está ahora en manos de la Directora y del S. S. I. Dejémoslos a ellos que lo resuelvan.

—¿Y Mahy?

La puerta del ascensor se abrió. Alex dejó que Edna pasara primero.

—No tengo la menor idea de dónde puede hallarse —contestó él —, pero una cosa hay segura: no abundan mucho los tipos como él.

—¿Cree que la Directora pedirá que lo arresten?

Alex suspiró.

—Me disgustaría mucho equivocarme, pero a estas horas, Mahy, si no es tonto, y no tiene por qué serlo, se ha refugiado en la Embajada de Sharanyii. En realidad, no ha cometido ningún delito y… ¿quién lo saca de allí?

Edna asintió pensativamente.

—Eso significa que debemos volver a la excavación —dijo.

—Por mi parte, me voy a tomar una semana de vacaciones —contestó Alex—. He pasado allá abajo una serie de meses y tengo ganas de tomar el sol en una playa.

—¿Y si la bomba estalla mientras tanto?

—No la oiremos —contestó el tranquilamente—. ¿Adónde

piensa ir usted, Edna?

—Visitaré a mis padres. Hace tiempo que no los veo... y quiero que me cuenten todo lo que sepan del pobre tío Jim. Tenía apenas doce años cuando le vi por última vez y, desde entonces, apenas si he sabido de él.

—Comprendo. Bien, ¿volveremos a vernos, Edna?

—Eso espero —sonrió ella.

* * *

Las olas iban y venían rítmicamente, con un agradable sonido monótono que predisponía al descanso físico y a la relajación mental. En dos kilómetros a lo largo de la playa, Alex era el único ser humano que se encontraba por aquellos parajes.

Tenía al lado una sombrilla, bajo la cual había un pequeño frigorífico portátil con cerveza y refrescos, Al lado había un receptor de radio, pero Alex lo tenía apagado.

Un libro y una revista que se había traído consigo permanecían cerrados. No quería leer ni oír noticias, ni siquiera música. En aquellos momentos se conformaba con escuchar el ruido de las olas, sentir sobre su piel el ligero soplo de la brisa marina y el calor de los rayos del Sol.

Dio la vuelta para tostarse la espalda y en aquel momento divisó una figura humana que avanzaba hacia él.

Pronto pudo ver que era una mujer joven y atractiva y de esbeltas formas. Llevaba una toalla roja bajo el brazo y se cubría con un sombrero cónico de paja. Sus ojos estaban cubiertos por unas gafas ahumadas y su indumentaria consistía en un osado «dos piezas» que ponía de relieve la perfección de su anatomía.

A Alex nunca le habían disgustado las mujeres hermosas, pero en aquellos momentos, en el cuarto día de sus vacaciones, sólo deseaba tranquilidad y aislamiento. Esperó que la bella bañista pasara de largo.

Momentos después, la joven se detuvo ante él.

—¿Tan desconocida estoy? —preguntó Edna.

Alex se sentó en el suelo. Ella se puso de rodillas primero y luego se sentó sobre los talones.

—Ahí veo su frigorífico —siguió ella, con una amplia sonrisa en

los labios—. Ya sé que soy bonita, pero es la primera vez que un hombre pierde el habla por mí, ¿No me invita a un refresco?

—De mil amores —sonrió Alex, tirando del asa de la nevera—. Pero yo perdería algo más que el habla por usted, Edna.

—No me diga que la cabeza; resulta muy vulgar —sonrió ella—. ¿Sabe que es un lugar muy bien elegido? Tranquilo, solitario... En el hotel me indicaron dónde podría encontrarle, Alex. Gracias —añadió, al tomar la botella que él le ofrecía. Bebió un sorbo y dijo —: Esto es vida, ¿eh?

—Bueno, se hace lo que se puede, Edna —contestó él.

—Sí, pero «lo que se puede» se ha acabado ya, Alex —manifestó la joven—. Tenemos que irnos.

—¿Adónde?

—Imagíneselo. Se han recibido confidencias de que los sharanyianos piensan atacar de nuevo. Y, una de dos: o evitamos su... ataque... o la Tierra corre peligro de originar un nuevo cinturón de asteroides entre Venus y Marte.

VIII

Estuvieron todavía un par de horas en la playa.

Era preciso disimular, aconsejó Edna.

—Los sharanyianos han desplegado un gran lujo de fuerzas —explicó—. El coronel Winkler vino ayer a casa de mis padres y nos contó muchas cosas. Él mismo fue quien me indicó que viniese a buscarle, Alex.

—De modo que persisten en su idea de destruir la Tierra —murmuró el joven pensativamente—. Pero, ¿qué beneficio pueden obtener?

—Eso es algo que ninguno de nosotros hemos llegado a comprender todavía —respondió Edna—. Tampoco sabemos cuándo llegaron, ni cuándo pusieron la bomba, ni de qué medios se valieron para llegar a casi cuarenta y siete kilómetros de profundidad... Pero otro experto en el idioma sharanyiano ha traducido la placa y su traducción concuerda punto por punto con la que hizo el profesor Rosahann.

—Eso es algo absurdo —dijo Alex—. Colocar una bomba a

cuarenta y siete kilómetros… y luego poner un cartelito anunciando lo que puede hacer esa bomba. Me recuerda a las placas de aviso que hay a la entrada de las centrales eléctricas… o a las etiquetas de los frascos con veneno.

—Sí, una calavera con dos tibias cruzadas y la frase: «Peligro de muerte». Resulta incomprensible, en efecto, pero el hecho sustancial es que, con aviso o sin aviso, la bomba está allá abajo.

—Y tenemos que impedir que explote. ¿Han probado ya a desmontarla?

—El coronel Winkler ha dicho que van a enviar a un equipo de expertos. Por lo menos, si no la pueden desmontar, la sacarán a la superficie y la lanzarán al espacio, con una órbita que la lleve fuera del sistema solar lo antes posible.

—No es mala idea, Edna. ¿Qué sabe de tío Jim?

La cara de la joven se entristeció.

—Nunca sabremos cómo murió —dijo—. Mis padres recibieron un aviso oficial de su muerte. El coronel Winkler les ha dicho después que tío Jim tenía fijada una fecha máxima para su regreso. Al no volver, se le dio por muerto.

—Los sharanyianos se ocuparían de ocultar su cuerpo, no cabe la menor duda. Pero él fue hábil y los engañó, fingiendo la muerte de su hermana.

—Cierto, y esto fue lo que me hizo descubrir la superchería de Bill Pewliss. A propósito, Alex, acertó usted.

—Acerté, ¿en qué, Edna?

—Mahy se refugió en la Embajada de Sharanyii. El Ministerio de Relaciones interestelares ha pedido les sea entregado para someterlo a interrogatorio, pero la Embajada ha denegado la solicitud.

—¿Qué harán con él? Si no mató a Pewliss, por lo menos, instigó el asesinato —dijo Alex.

—Mahy no pertenece al personal diplomático. Por lo tanto, necesita un visado común de salida, que le será denegado cada vez que intente marchar de la Tierra. Ya lo pidieron, pero se devolvió la solicitud.

—Sharanyii habrá protestado, naturalmente.

—Sí, pero no se ha aceptado la propuesta. Y en esas estamos, Alex.

El joven empezó a recoger los bártulos que tenía esparcidos sobre la arena.

—Entonces, cuanto antes nos vayamos, será mucho mejor para todos. ¿Hemos de ir a la excavación, no es cierto?

—Allí esperan Winkler y sus expertos. A usted le necesitan, Alex, y yo... bueno, no me lo perdería por nada del mundo —concluyó Edna con amplia sonrisa.

—Será emocionante, en efecto —concordó él—. Como para someterse a una cura de nervios, después de que hayamos eliminado la amenaza.

—Si podemos, Alex.

—Tenemos que conseguirlo; no debemos permitir que nuestro viejo y detestado mundo perezca sólo porque se le haya hecho antipático a una cuadrilla de forajidos con ojos facetados.

* * *

De nuevo se ofrecía a los ojos de la pareja el paisaje de la cordillera. Volaban a una altitud suficiente para evitar colisiones y pronto encontraron la garganta cuyo fondo servía de curso al río.

Desde el aire, parecía una brecha abierta por un gigantesco arado. Alex perdió altura; ya divisaban a lo lejos la llanura, difuminándose sus bordes en la neblina del atardecer.

El Sol estaba ya muy bajo. Antes de dos horas sería de noche cerrada.

Momentos después, sobrevolaban la salida del desfiladero. Entonces, Alex creyó captar un destello metálico junto a la última cascada, a menos de mil metros del comienzo del valle.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamó.

Edna llevaba los mandos y giró la cabeza.

—¿A qué se refiere, Alex?

—He visto un chispazo allá abajo... Haga el favor de volver; quiero investigar lo que ocurre.

—Los hombres de la perforación acuden a descansar al desfiladero —adujo Edna—. Tal vez uno se está preparando la cena y usted vio brillar el metal de una lata de conservas.

—Puede ser, pero, de todas formas, me gustaría ver quién es y qué hace allá abajo.

—Muy bien, de acuerdo. —Edna maniobró en los mandos del aparato, invirtiendo su sentido de vuelo, a la vez que le hacía perder altura—. Vulgarmente hablando, tiene usted la mosca en la oreja, ¿no?

—Más que la mosca, parece un moscardón —refunfuñó él.

Alex había captado el chispazo a unos trescientos metros de altura. De pronto, cuando estaban a ciento cincuenta del lugar sospechoso, vio un helichorro que despegaba súbitamente, a toda velocidad.

—Persígale, Edna —gritó el joven—. Yo voy a ponerme en contacto con el coronel Winkler. ¿Está ya en el escalón de superficie?

—Sí, desde luego.

Alex tomó el micrófono. Pero no tuvo tiempo de hablar.

Un enorme relámpago anaranjado, con trazos azules y amarillos, brotó casi debajo del aparato. El trueno de la explosión les llegó medio segundo más tarde.

—¡Apártese, Edna, pronto! —gritó Alex, aterrado.

Más que los chorros direccionales, fue la onda explosiva lo que lanzó al aparato a un lado. Tras el enorme fogonazo, surgió una colosal nube de humo y polvo que alcanzó en contados segundos una gran altura.

Durante unos terribles instantes, el helichorro bailoteó frenéticamente en el aire. Estuvo a punto de estrellarse contra los paredones del desfiladero, pero, en el último momento, la pericia de Edna consiguió evitar el desastre.

Quince segundos más tarde, se produjo la segunda explosión, cuando Edna seguía luchando todavía por recuperar la estabilidad del helichorro.

Un segundo ramalazo de aire proyectado con gran violencia alcanzó al aparato, ahora casi por debajo, lanzándolo hacia arriba con el mismo efecto que el de un puntapié propinado por un gigante. Alex empezó a temer que el helichorro hubiera sufrido serias averías.

Tras estabilizar el aparato, cosa conseguida después de un lapso de tiempo que a ambos pareció inacabable, Edna lo orientó de tal modo que ambos pudieran contemplar los efectos de las explosiones.

Se habían producido casi a la salida de la garganta, en la base de la pared occidental. Todavía flotaba en el aire una espesa nube de humo que impedía una perfecta visión, pero Alex empezó a hacerse una idea de los efectos causados por las voladuras.

Gran parte del muro se había derrumbado, en una extensión de cincuenta o sesenta metros a partir de la entrada de la garganta, en sentido longitudinal. Por la parte de arriba, el desprendimiento de masas sólidas, tierras y rocas, éstas principalmente, alcanzaban volúmenes impresionantes.

El humo y el polvo se aclararon poco a poco. Entonces, Alex pudo apreciar que buena parte de la masa sólida removida por las explosiones había quedado fuera de la garganta, pero en sentido oblicuo hacia el este.

—Es raro —comentó.

—¿Qué es raro? —dijo Edna—. En las actuales circunstancias, lo normal empieza a aparecer raro, Alex.

—A primera vista —contestó él, sin hacer caso de la observación de la muchacha—, diríase que las explosiones han sido provocadas por unos tipos incompetentes.

—Y así es —declaró Edna, que seguía manteniendo el helichorro casi sobre la vertical del punto donde se habían producido las voladuras—. Fíjese en que la garganta no ha sido obstruida. Si hubiesen colocado un poco mejor o en mayor cantidad los explosivos...

—¿Y para qué querían obstruir el desfiladero, Edna? —replicó Alex—. No les interesaba causarnos una pretendida escasez de agua, sabiendo que podemos abastecemos fácilmente, no sólo haciéndola traer en el exterior, sino simplemente, tomándola de los manantiales que hay allá abajo.

—¿Entonces...?

Alex hizo una corta pausa, sin dejar de mirar hacia abajo. Luego contestó:

—Entonces, lo que sucede es que las explosiones desviaron el curso del río y, como no nos demos prisa, las aguas empezarán a inundar la perforación.

Edna dejó escapar un grito.

—¡Alex!

—Mire bien —indicó él—. ¿No ve cómo las aguas van venciendo

ya los primeros e inevitables obstáculos derivados de los escombros lanzados por la voladura?

La corriente saltaba ya por encima de algunas rocas que habían provocado una obstrucción momentánea, pero se veía claramente que no podía vencer la masa mayor, que era la que había tomado una inclinación hacia el Este. Era un muro de diez a doce metros de alto por el doble de longitud en su parte más gruesa, suficiente para cerrar el paso de las a su cauce antiguo.

Los primeros hilos de líquido se deslizaban ya hacia el Sudeste, serpenteando hacia una ligera depresión que luego corría casi hacia el Sur, prácticamente paralela a la anterior. Edna siguió aquella depresión con la vista y halló que se dirigía rectamente hacia el escalón de superficie.

Alex tenía razón: las aguas penetrarían en la perforación por el orificio superior e inundarían todos los túneles excavados hasta entonces.

—Los que están abajo morirán ahogados —dijo ella—. No tendrán tiempo de escapar...

—Espere un momento. Viene alguien —cortó Alex.

Un helichorro se dirigía raudamente hacia ellos.

Edna maniobró para salir a su encuentro.

Momentos después, los dos aparatos se detenían en el aire a corta distancia el uno del otro. Alex se dio cuenta de que había unos sujetos en el segundo helichorro, apuntándoles con fusiles.

Sacó un pañuelo blanco y lo agitó, indicando con ello sus pacíficas intenciones. Entonces, Edna vio que oscilaba la lámpara de la radio.

Dio el contacto y sonó una voz:

—Soy el coronel Winkler. ¿Pueden decirme qué ha sucedido?

Alex agarró el micrófono.

—Habla el ingeniero Keyhoe —contestó—, Coronel, es preciso que hagan algo y con toda urgencia. Las explosiones han desviado el curso del río y éste inundará la excavación cuando sus aguas empiecen a llegar al escalón de superficie.

Winkler lanzó un resoplido. Debió de dar una orden, porque su helichorro se desplazó rápidamente hacia la entrada de la garganta. Llegó hasta allí, permaneció un par de minutos observando el fluir de la corriente y luego regresó junto al otro aparato.

—Regresemos al escalón de superficie —dispuso—. Allí veremos qué es lo que debemos hacer para conjurar el peligro,

—Muy bien —contestó Alex—. Vamos, Edna.

Los dos aparatos emprendieron la marcha simultáneamente. Winkler preguntó:

—¿Vieron ustedes a los autores de la explosión?

—No, sólo a un helichorro que había estado disimulado en una anfractuosidad de la garganta, pero escapó antes de que tuviéramos tiempo de perseguirles. Mejor dicho, las explosiones nos lo impidieron.

—Sí —convino Winkler sombríamente—; parece que los de Sharanyii están decididos a impedir que inutilicemos su bomba.

—¿Explotará al contacto con el agua? —Alex se estremeció ante la sola idea de que pudiera producirse semejante eventualidad.

—Ojalá pudiera darle una respuesta —dijo Winkler con acento lleno de desánimo.

IX

Los rostros en el escalón base expresaban claramente la preocupación que sentían.

Alex y Edna desembarcaron del helicóptero al mismo tiempo que el coronel Winkler y sus hombres. Una mujer se destacó al encuentro del oficial del S.S.I.

Era Alina Jaffres, la Directora de Investigaciones Científicas.

—¿Coronel?

—El curso del río ha sido desviado —respondió Winkler—. Inevitablemente, las aguas llegarán aquí en breve y empezarán a penetrar por el orificio del tubo del ascensor.

Alina se puso una mano en la boca.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¿Cuánto tiempo tardarán en llegar?

—No tengo la menor idea, pero no mucho, por supuesto.

Alina se volvió hacia Alex y Edna, quienes se acercaban en aquel instante.

—Ustedes estuvieron a punto de perecer en las explosiones —dijo la Directora.

—No lo pasamos bien, en efecto —convino Alex, disimulando la sorpresa que le producía la presencia de la bella mujer en el escalón de superficie—. En mi opinión, creo que se impone una rápida evacuación de este lugar —indicó.

—¿Cuánto tiempo tardará en ser inundado? —preguntó Alina.

—Quizá la señorita Laramery pueda responderle —dijo Alex—. Ella es geólogo...

—Aunque no hidrógrafo —manifestó la aludida—. Sin embargo, se puede estimar la velocidad de avance de las aguas entre unos siete y diez kilómetros por hora.

—Y de aquí a la garganta hay menos de seis —dijo Winkler sombríamente—, ¿A qué idiota se le ocurrió establecer el escalón de superficie en un lugar como éste?

—Dejémonos de reproches —terció Alina—. Abajo, varias decenas de hombres corren peligro de morir, si no inmediatamente, sí a la larga, cuando las aguas acaben por inundar túneles y cavernas. Hemos de hacer algo no sólo para salvarlos, sino para preservar cuantos materiales se han acumulado en este lugar, tanto abajo como en el escalón de superficie. Coronel, haga el favor de enviar a un helichorro con un par de hombres que nos vayan anunciando el avance de las aguas.

Era una petición sensata y Winkler lo reconoció así. Medio minuto más tarde, un aparato levantaba el vuelo.

Winkler situó a un hombre de guardia ante el receptor de radio. Los demás, Alex se dio cuenta de ello en aquel instante, rodeaban la cúpula, rifle al puño.

Había dos docenas. Alex comprendió que Winkler estaba dispuesto a defender la expedición a cualquier precio.

Podía lograrlo contra ataques de los hombres, pero no contra una inundación que se anunciaba catastrófica.

—Bueno —dijo Winkler—, ahora nos toca a nosotros. No sólo tenemos que impedir que las aguas penetren a través del orificio, sino que hemos de impedir también que arrasen las instalaciones de superficie.

—Desde luego —convino Alex—. ¿Han avisado a los de abajo de lo que ocurre?

—Por ahora, no. ¿Qué objeto tendría? Ninguno dispone ya de tiempo para escapar.

Alex asintió. Crudamente, Winkler había dicho la verdad. Si no actuaban rápida y eficientemente, todos los de abajo morirían ahogados tarde o temprano.

Se volvió hacia la muchacha, como pidiéndole consejo. Edna, tras unos segundos de reflexión, dijo:

—Si dispusiéramos de una pala gigante...

—No la tenemos; todo el material está abajo —contestó Alex.

Winkler miró en torno suyo.

—Aquí somos cerca de veinte. Cada uno con una pala podría...

—Tampoco es solución; las aguas se llevarían el parapeto por delante. El único remedio consiste en desviar la corriente antes de que llegue aquí.

—Podemos tapar el orificio herméticamente y luego buscar una solución con más tiempo —sugirió Alina.

Alex se dirigió hacia la mesa de instrumentos. Al cabo de unos segundos, dijo:

—El ascensor está abajo, iniciando la subida. Tardará casi cincuenta minutos en llegar a la superficie.

Una voz brotó entonces por el alto parlante:

—La vanguardia del río está a tres mil metros del escalón de superficie. Velocidad aproximada, ocho a diez kilómetros por hora.

—Eso significa que disponemos escasamente de veinte minutos —dijo Edna—. ¿Coronel?

Winkler abrió las manos.

—No se me ocurre nada —contestó.

Alex abandonó la cúpula y salió al exterior. Durante un minuto largo, estuvo examinando el terreno a la luz de los últimos rayos del sol poniente.

Un chispazo rojo hirió de repente sus pupilas. Procedía del reflejo del sol en la estructura externa de uno de los helichorros que habían servido para transportar a Winkler y sus hombres hasta aquel paraje.

Había diez o doce de aquellos aparatos, aparte de los que servían para la expedición. Aunque el funcionamiento, en el fondo, era el mismo, el aspecto exterior de unos y otros era distinto, debido a las diferentes funciones que debían ejecutar.

—¡Coronel! —llamó de repente.

Winkler acudió corriendo. Alina y Edna le siguieron a corta

distancia.

Los hombres del S.S.I. permanecían impasibles, rodeando la cúpula y los cobertizos. Una voz gangueó por el megáfono:

—Las aguas han ganado doscientos cincuenta metros. La anchura del río alcanza unos veinte metros.

—¿Ha encontrado usted alguna solución? —preguntó Winkler ansiosamente.

—Es probable —contestó Alex—. La inundación, si no la detenemos, es segura. El escalón de superficie está en uno de los lados de esta especie de vaguada, apenas perceptible, pero con la inclinación doble lateral suficiente para contener la corriente. El nivel de las aguas alcanzará aquí un par de metros... y el orificio de acceso al tubo del ascensor está sólo a uno sobre el nivel inferior de la vaguada.

—Eso es cierto. Para tiempo de lluvias, el peligro de inundación es nulo —dijo Edna—. Sin embargo, ahora se nos echa encima un caudal de millones de metros cúbicos, ¿Qué idea se le ha ocurrido, Alex?

El observador anunció:

—La distancia es de dos mil quinientos metros solamente.

—Tenemos un cuarto de hora todavía —dijo Winkler—. Vamos, Keyhoe, hable pronto.

Alina le miraba interesadamente. De un modo vago, Alex se dio cuenta de que la bella Directora continuaba con las gafas puestas.

—Coronel —dijo Alex por fin—, creo que sus helichorros están armados,

—Sí; disponemos de proyectiles explosivos y de cañones desintegradores, pero...

—Ponga a todos los pilotos en movimiento —indicó Alex—. Unos vaporizarán la vanguardia de las aguas, mientras los restantes practican una brecha en el lado izquierdo del nuevo cauce, a fin de desviar las aguas hacia el lecho antiguo.

Winkler abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Rayos! —exclamó—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Giró sobre sus talones y dio un fuerte grito:

—¡Capitán Dislar, que cada piloto ocupe su puesto en su helichorro! ¡Abran todos los receptores de radio y estén atentos a mis instrucciones! ¡Dense prisa; es preciso actuar inmediatamente!

Un hombre saludó en el acto. Segundos después, todos los hombres del S.S.I. corrían hacia los helichorros.

—Vamos, Edna —dijo Alex, tomando a la muchacha por el brazo.

—Yo iré con ustedes —dijo la Directora.

Winkler se les unió. En aquel instante, el observador informó que las aguas estaban sólo a dos mil doscientos metros de distancia.

Los cuatro penetraron en el aparato de Edna. La muchacha levantó el vuelo de inmediato.

A toda velocidad, se dirigieron al encuentro de las aguas, volando a poca altura. La luz crepuscular dejaba paso rápidamente a la noche, y Edna se vio obligada a encender los reflectores del aparato.

El avance de las aguas era impresionante. El río medía casi veinte metros de anchura y en la vanguardia se veía un muro líquido de casi tres metros de altura. En torno a ellos, doce helicópteros se mantenían silenciosamente en el aire, iluminando asimismo con sus reflectores el que parecía veloz avance de la inundación.

Winkler observó el panorama durante unos minutos. Luego tomó el micrófono y empezó a dar órdenes:

—Atención a todos los pilotos —dijo—. Números uno al seis, contengan el avance con rápidas y sucesivas descargas desintegrantes, dirigidas a la vanguardia y efectuadas por parejas.

»Números siete al doce: retrocedan mil metros y disparen sus cohetes explosivos por salvas sucesivas, en hilera y dirección Sudoeste. Después de las explosiones, desintegren la tierra, procurando formar una especie de trinchera para evacuación de las aguas a su cauce antiguo. ¡Actúen!

Los pilotos del S.S.I. eran hombres no solamente disciplinados, sino expertos. Seis aparatos retrocedieron de inmediato, en tanto que otros seis quedaban en aquel lugar.

Dos se destacaron, situándose a unos quince metros sobre el cauce. Tras unos segundos de espera, Alex vio que de la parte anterior de cada aparato brotaban dos rayos de luz blanquísima, cuyo resplandor superaba al de los reflectores de iluminación.

Enormes chorros de vapor se alzaron inmediatamente a lo alto. Las aguas burbujearon ruidosamente.

Otros dos aparatos sustituyeron a los primeros, lanzando sucesivas descargas, capaces de convertir en polvo una casa de diez pisos. La tercera descarga vaporizó instantáneamente una masa de varios cientos de toneladas de líquido.

Por un momento, el aflujo de la corriente pareció quedar detenido; luego, casi con más ímpetu, reanudó su mortal avance.

Detrás de ellos sonaron una serie de aterradoras explosiones. Alex volvió la cabeza y vio que los otros seis helichorros descargaban sus cohetes de cabeza explosiva, uno tras otro, formando una hilera de trazado oblicuo al sentido de avance de las aguas.

La Tierra tembló con las explosiones. Edna maniobró y el helichorro retrocedió casi un millar de metros.

Los cohetes habían abierto una ancha brecha en el lomo del caballón que separaba los dos cauces. Pero la brecha tenía numerosas soluciones de continuidad, debido a que las explosiones habían causado solamente embudos y, aunque estaban muy juntos unos de otros, no constituían una trinchera de trazado regular.

—Eso no importa —dijo Winkler—. Ahora podremos emplear los desintegradores con más frecuencia; la resistencia del terreno será mucho menor.

Los pilotos del S.S.I. habían comprendido lo que se quería de ellos y se aplicaron a la tarea con entusiasmo. Hacían rápidas pasadas, desintegrando la tierra ya removida por los estallidos. Nubes de humo y polvo se elevaban del suelo cada vez que un aparato pasaba a escasos metros, haciendo funcionar su cañón desintegrador.

Winkler tomó el micrófono:

—Número uno al seis: retrocedan para recibir órdenes.

Los otros helichorros volvieron en el acto. Winkler dijo:

—Disparen sus cohetes en el cauce, procurando que los impactos se produzcan en línea con la brecha recién abierta.

Las aguas estaban ya a quinientos metros. Alex calculó que, a diez kilómetros por hora, en tres minutos habrían cubierto aquella distancia.

Los pilotos actuaron con vertiginosa rapidez. Las explosiones producían embudos, era cierto, pero también levantaban muros de tierra.

—Ya llega —dijo Edna.

Las vanguardias del río alcanzaron la última zona batida por las explosiones. Por un momento parecieron detenerse ante la serie de embudos, pero luego amenazaron con pasar al otro lado.

—Desvíenlas con los cañones desintegradores —ordenó Winkler.

El capitán Dislar contestó:

—Coronel, cada aparato dispone ya de dos descargas tan sólo.

—Dispárenlas —ordenó Winkler—. Si es necesario, colocaremos los helichorros como muro de contención.

Doce dardos de luz blanquísima partieron al instante, provocando una enorme nube de vapor. Alex, inclinado hacia adelante, contempló el resultado de la operación.

Primero fue un delgado hililló de agua, luego el caudal acreció y empezó a serpentear la corriente por la brecha recién abierta. Todos contemplaban el avance con el ánimo en suspenso.

Diez minutos más tarde, el peligro parecía conjurado. Un suspiro de alivio se escapó de todos los pechos.

El río volvería a correr por su antiguo cauce. Alex se derrumbó sobre su sillón. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba empapado de sudor.

La distancia al escalón de superficie era de unos cuatrocientos metros. Sólo por menos de tres minutos habían conseguido salvar las vidas de varias docenas de hombres que se encontraban en aquellos momentos a casi cuarenta y siete mil metros de profundidad.

—Pero el peligro no ha desaparecido del todo aún —dijo, pasados unos momentos—. Puede sobrevenir una repentina crecida; todavía quedan nieves en las cimas de la cordillera. Entonces, las aguas derribarían fácilmente ese débil muro y…

—Antes de doce horas tendremos aquí todas las máquinas que sean precisas para construir una presa que nos asegure contra todo riesgo de inundación —aseguró Winkler con firme acento.

X

Los nervios se relajaban, después de la brutal tensión a que habían sido sometidos en los últimos momentos.

Era ya de noche cerrada. Sentados en torno a una mesa, Alex, Winkler y las dos mujeres discutían las posibilidades de desarmar la bomba y enviarla al espacio.

—¿Podrá pasar por el tubo? —preguntó Alina.

—Tendremos que construir un montacargas especial —contestó Alex—. El ascensor que usamos ahora sirve solamente para personas y materiales de relativo poco peso.

—¿Opina usted que la bomba es sumamente pesada? —preguntó Alina.

Alex hizo un gesto ambiguo con la mano.

—No tengo la menor idea, aunque me parece que ligera no puede ser —respondió.

—Se mantiene en el aire —terció Edna.

—¿Suspendida por algún cable? —inquirió Winkler.

—No —contestó Alex—. Al menos, es invisible, si es que existe. Pero creo que la bomba, que mide tres metros de diámetro, está sostenida por una especie de repulsión, debida a una fuerza cuya naturaleza ignoramos.

—Antigravedad —opinó el coronel.

—En la Tierra no se ha logrado nada todavía —dijo el joven.

—Lo cual nos demuestra que la civilización de Sharanyii ha alcanzado un grado tal, que no podemos imaginarnos siquiera hasta dónde han llegado en su tecnología —intervino Edna.

—Están muy adelantados, en efecto —convino Alina pensativamente.

—A mí me gustaría saber cómo llegaron hasta allá abajo —refunfuñó Winkler—. Keyhoe, ¿encontraron ustedes rastros de excavaciones anteriores a la suya?

—No, señor. Incluso la caverna donde está la bomba me pareció natural.

Winkler se acarició la mandíbula.

—Así que la esfera mide unos tres metros de diámetro —dijo pensativamente,

—Sí, señor.

—Suponiendo que tenga una densidad análoga a la del agua, deberá pesar unas veinte toneladas. Pero si es una máquina infernal, su peso será probablemente aún mayor.

—Así lo creo yo —concordó Alex.

—¿Disponen allá abajo de máquinas capaces de levantar un peso digamos de treinta toneladas?

—La perforadora podría soportarlo, pero carece de brazo articulado para el levantamiento de grandes pesos. Tenga en cuenta que su avance se realiza a base de perforación y expulsión del detritus; no por rompimiento de rocas y posterior traslado de masas relativamente voluminosas.

—Bien —dijo Alina—, siempre nos queda el recurso de hacer descender una grúa en piezas y armaría allá abajo. Mañana daré órdenes para que la envíen inmediatamente.

—Sin olvidarse de las excavadoras que han de levantar el dique definitivo —le recordó Winkler.

—Pediremos todo —contestó la Directora—. Luego estudiaremos la manera de enviar todo al espacio.

Alex se frotó la mandíbula con gesto pensativo.

—Antes de hacer nada —dijo—, me gustaría saber qué hay debajo de la bomba.

—¿Cómo? —preguntó Winkler.

—Es posible que el pie que la soporta esté apoyado en unos cimientos. Aparentemente, no los necesita, pero siempre conviene estar bien seguro de lo que se hace.

—Eso es cierto —dijo Edna, acariciándose un broche que llevaba en el pecho—. ¿Tiene perforadoras de mano, Alex?

—Claro —contestó el ingeniero.

—Entonces, la cosa resultará fácil. —Edna alargó la mano y tomó un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa—. ¿Cuándo empezarán los trabajos? —preguntó.

—Apenas llegue la grúa —decretó Alina—. Oiga, lleva usted un broche muy bonito, Edna.

—Era de mi madre —explicó la muchacha—. Se lo regaló mi padre en el momento de prometerse.

—Pues es una joya de valor —sonrió la Directora—. No cabe la menor duda de que tiene usted un padre de mucho gusto… pero me parece que ha perdido una de las piedrecitas.

Alex miró hacia el broche. Le costó bastante encontrar el hueco que había dejado la piedra desprendida de una montura defectuosa quizá por el uso.

—La repondré apenas tenga ocasión para ello —contestó Edna

—. Y ahora, con su permiso... Estoy fatigada, dispénseme.

Las mujeres tenían asignados sendos alojamientos en los habitáculos destinados al personal de superficie. Edna se retiró y Alex, tras encender un cigarrillo, se despidió de Winkler y Alina y abandonó la cúpula.

Estuvo unos momentos en la puerta, contemplando el paisaje a la luz de la luna. Cuatro helichorros evolucionaban lenta y constantemente por encima de aquel lugar, vigilando el espacio circundante, en previsión de cualquier posible ataque de los sharanyianos.

Al cabo de unos minutos, regresó sobre sus pasos. Winkler y Alina se habían retirado asimismo a sus respectivos alojamientos.

Había un operador de guardia frente a la estación de radio. Dos hombres del S.S.I., rifle al puño, vigilaban los aparatos.

Alex atravesó la cúpula y se dirigió al dormitorio que había sido asignado a Edna. Tocó con los nudillos y esperó un momento.

Edna abrió pasado casi un minuto. Asomó la cabeza y miró a Alex con gesto sorprendido.

—¿Qué quiere? —preguntó—. Acababa de dormirme...

—Tengo que hablar con usted —pidió él en voz baja—, Es muy urgente.

Por la expresión de su rostro, Edna comprendió que Alex tenía algo importante que decirle. Terminó de abrir la puerta y se echó a un lado.

—¿Qué pasa, Alex? —quiso saber, apenas hubo cerrado.

—La Directora es de Sharanyii —le espetó él sin más preámbulos.

—¿Cómo? Oh, por favor, Alex, no diga...

—No voy a decir una tontería, si es eso lo que usted piensa de mí —la interrumpió el joven—. ¿Dónde tiene usted el broche que le regaló su madre?

—Pues... sujeto todavía a la blusa —contestó Edna, sumamente desconcertada por la que creía incongruente conducta de Alex—. Allí, colgada en aquel perchero...

Alex tomó la blusa y desprendió el broche, que sostuvo luego con dos dedos.

—¿Recuerda usted la distancia que le separaba de Alina en la mesa? —preguntó.

—Pues..., sí —respondió Edna—. Es la mesa grande, que sirve para el personal del escalón de superficie. A veces, me dijeron, se juntan hasta quince y veinte personas a comer, aunque no es frecuente, sin embargo.

—Pero en ocasiones, cuando llega un envío de material, los que lo transportan se quedan aquí a comer. También sube gente de allá abajo y... Dígame, Edna, ¿cuánto le separaba a usted de la Directora?

—Estábamos un poco apartadas, es cierto —convino ella—. Yo diría que unos tres metros.

Alex midió la distancia con los pies. Luego, levantando la mano derecha, sostuvo el broche a la altura del hombro.

—La distancia que nos separa es de unos tres metros —dijo—. ¿Ve usted el hueco de la piedra que se le ha desprendido?

Edna fijó la vista en el broche.

—No, por cierto —respondió, tras unos segundos de escrutinio —. Bien es cierto que se trataba de una de las piedras más pequeñas...

—Entonces, ¿cómo es que la Directora notó la falta?

Hubo un momento de silencio. Edna tenía los ojos dilatados por el asombro.

—Alex —habló por fin—, no me diga que ella es...

El joven movió la cabeza lentamente.

—Lo es. Ignoro cómo ha llegado al puerto que ostenta, pero es una mujer nacida en Sharanyii. Recuerde el poder aumentativo de sus pupilas facetadas,

—Sí, eso tiene que ser forzosamente —convino Edna, todavía sin recobrarse de la impresión recibida.

—En tal caso, ¿qué mejor que unas gafas de cristales ligeramente azulados para ocultar a los extraños los destellos de las pupilas facetadas? El color azul del vidrio «mata» por decirlo así, los reflejos de esas pupilas, que de otro modo delatarían inmediatamente, aun al más lerdo, la naturaleza auténtica de la Directora.

Edna se puso a temblar repentinamente.

Alex tenía razón: Alina Jaffres había nacido en Sharanyii.

—¿Pero... cuáles son sus propósitos? —balbuceó, aterrada.

—Puede imaginárselos fácilmente: impedir que desarmemos la

bomba.

Hubo un momento de silencio. Luego, Edna dijo:

—Alex, ¿cree usted que la Directora es lo suficientemente fanática como para dejarse morir sólo por destruir nuestro planeta?

—No lo sé —respondió él preocupadamente—, pero en esta vida, me he encontrado con toda clase de tipos. Quizás ella no es una fanática, sino que, alguien, muy lejos de aquí, imbuyó en su mente la idea de la destrucción del planeta.

—¿Hipnotismo?

—Es posible. En tal caso, Alina obedecería la orden recibida, sin reparar en las consecuencias.

Edna asintió.

—Sí, pudiera ser —convino—. ¿Qué piensa hacer usted, Alex?

El joven volvió el broche al mismo sitio.

—Tengo que desenmascararía, pero debo hacerlo sin posibilidad de error. Esta noche, lo consultaré con la almohada; mañana…

Miró a la joven y sonrió,

—Ánimo —concluyó—; ya verá cómo, al final, se arregla todo satisfactoriamente.

Momentos después se separaban.

Alex no tema sitio en la cúpula, por lo que hubo de pernoctar en el helichorro, cuyas butacas eran transformables en literas. No fue precisamente el cambio de lecho lo que le mantuvo despierto gran parte de la noche.

Durmió poco y mal, levantándose cansado y enervado. Tras el desayuno, se dirigió al sector de comunicaciones y entabló contacto con Waknerr.

Los trabajos continuaban paralizados en el fondo. La gente empezaba a murmurar de la inactividad a que estaba sometida.

—Si no hacemos algo pronto, se irán y no podré detenerlos —dijo Waknerr finalmente.

—Trate de disuadirlos —aconsejó el joven—. Es cuestión solamente de tres o cuatro días. Inmediatamente reanudaremos los trabajos.

—Eso es más fácil de decir que de hacer —refunfuñó Waknerr—. Pero, en fin, haré lo que pueda.

Alex cortó la comunicación. En aquel instante vio al coronel que cruzaba la cúpula, con un papel en la mano.

Winkler parecía muy preocupado. Alex le salió al encuentro.

—¿Ocurre algo, coronel?

Winkler alzó la vista.

—Acabo de recibir unos extraños informes —contestó—. Los radares han detectado la presencia de unas naves extrañas que se dirigían hacia el planeta, precisamente hacia este mismo lugar. Lo extraño del caso era que la detección se realizaba con alternativas.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el joven.

—Simplemente, que los destellos producidos en las pantallas por esas naves aparecían y desaparecían sin explicación alguna, pero cada vez que daban una señal se las detectaba más próximas al planeta.

—Y, seguramente, provenían del sector estelar en que se encuentra Sharanyii.

—Justamente —respondió Winkler—. Yo opino que…

El coronel no pudo continuar. Una tremenda detonación cortó sus palabras.

XI

El suelo tembló ligeramente. Sonaron algunos gritos.

Una nube de polvo y humo se elevaba a un par de kilómetros del escalón de superficie. Los centinelas encararon inmediatamente sus rifles hacia aquel lugar.

Edna y Alina salieron de sus dormitorios, vivamente alarmadas por el estampido, que había tenido un volumen considerable. En el cielo, los helichorros de vigilancia se dirigieron presurosamente hacia el lugar de la explosión.

Edna corrió hacia el joven.

—¿Qué ha pasado, Alex? —preguntó, vivamente alarmada.

—No lo sé. Parece como si un aparato hubiese caído al suelo…

La polvareda empezaba a disiparse. Parte de una estructura de metal sumamente brillante apareció ante los ojos de los presentes.

—Vamos a ver —dijo Winkler.

El capitán Dislar salió a su encuentro.

—Coronel, ese aparato estrellado no es nuestro —informó—. Todos los nuestros están intactos…

—Entonces no hace falta ser un lince para suponer a quién pertenece —contestó Winkler—. Ponga a todo el mundo en estado de alerta, Dislar, pero que nadie actúe sin mis órdenes directas.

—Sí, señor,

Alex corría ya hacia su helichorro, seguido de Edna. Cuando entraban en el aparato, se les unió a Alina, sofocante y sin aliento.

—Déjenme ir con ustedes —pidió la Directora.

Edna miró a Alex. El joven se limitó a asentir con la cabeza.

Winkler había subido en uno de sus propios helichorros. Alex puso en marcha el suyo y el aparato se elevó instantáneamente en el aire.

Un minuto después sobrevolaban el lugar del accidente. Tenues columnas de humo se elevaban de los destrozados restos del aparato caído a menos de cincuenta metros de la orilla del río.

Alex hizo descender a su helichorro y, apenas hubieron tomado tierra, saltó fuera y echó a correr hacia el aparato accidentado.

Los destrozos eran considerables. Había metal desgarrado y vidrios pulverizados. Un cuerpo de forma extraña, pero conocida, asomaba parcialmente por una de las ventanas destrozadas.

El interior del aparato era una masa de metal aplastado y retorcido. Había dos sharanyianos más, todos pertenecientes a la raza de forma no humana.

—¿De dónde han salido estos seres? —exclamó Edna, aterrada y asombrada a un tiempo.

Alex notó que reinaba una temperatura bastante elevada en las inmediaciones del aparato accidentado. Winkler y dos de sus hombres llegaron corriendo en aquel instante.

De súbito, Alina echó a correr hacia el aparato. Una de las escotillas, desencajada por el golpe, se había abierto totalmente.

—¡Alina! —gritó Winkler.

Ella no le hizo el menor caso y se coló en el interior del helichorro. Alex la vio acercarse al cuadro de mandos y mover un par de palancas.

La temperatura descendió casi en el acto. Alina se inclinó, esquivó uno de los cadáveres y salió fuera nuevamente.

—Ahora ya no hay peligro de explosión —dijo, sonriendo.

—¿Explosión? —exclamó Alex, atónito.

—Sí. El generador de energía másica continuaba funcionando,

con un incremento constante de su potencia. Al no tener la contrapartida del consumo de energía que implica el mantener el aparato en vuelo, la tensión másica subía y el generador habría acabado por estallar.

—¿Qué hubiera pasado en tal caso? —preguntó Edna, curiosa.

—Bien —respondió Alina—, en ese caso, una extensa zona habría quedado devastada por completo. Calculo que la explosión habría producido daños mortales en un radio de quince kilómetros, aparte de las naturales perturbaciones atmosféricas. La onda explosiva habría llegado al fondo de la excavación por el tubo del ascensor y todos los que están allá abajo hubiesen perecido en pocos segundos.

Alex contempló el aparato durante unos instantes. Aparte de su forma, distinta de los que ellos empleaban, su tamaño era asimismo mucho mayor, el triple por lo menos.

A pesar de los destrozos sufridos por el impacto contra el suelo, se advertía aún el singular abombamiento del vientre, en cuyo interior, calculó Alex, debía de hallarse el generador de energía másica.

—El generador continuaba funcionando —agregó Alina—. En cierto modo, era como un compresor que continuase actuando indefinidamente. Al cabo de un tiempo, el depósito de aire comprimido es incapaz de soportar la presión y estalla. Lo mismo hubiera pasado aquí, de no haberlo parado a tiempo.

—Energía másica —dijo Alex, meditabundo—. Los motores nucleares no aprovechan toda la energía producida por el material fusionable, pero sí los motores másicos. Ahí es donde no se desperdicia un solo gramo de masa.

—Exactamente —concordó Alina—. Por eso reciben tal nombre.

—Pero, que yo sepa, los generadores másicos sólo se emplean en vuelos interestelares.

—Sí.

—Y ese aparato, obviamente, no es terrestre, sino que viene de Sharanyii.

—Así parece.

Edna asistía muy interesada a aquel diálogo. ¿Adónde quería ir a parar el ingeniero?, se preguntó.

Alex se volvió de pronto hacia Winkler.

—Coronel, ¿recuerda usted el informe sobre detección de naves extrañas que recibió hace unos momentos?

—Sí, perfectamente. Aparecían y desaparecían sin posible explicación...

—Yo le daré la explicación que anda buscando. Para llegar de Sharanyii hasta la Tierra, lo mismo que para viajar a cualquier sistema estelar, se necesita sumergirse en el subespacio, ¿no es así?

—Desde luego.

—Bien, esos aparatos se aproximaban a la Tierra, pero no querían pedir permiso para aterrizar. Por lo tanto, tenían que hacerlo por sus propios medios, en lugar de ser guiados por las torres de control del suelo y, para ello, aparecían y desaparecían súbitamente, haciendo sus observaciones visuales en persona, a la vez que, por sus propios radares espaciales, comprobaban la proximidad al planeta.

—Parece lógico pensar que así era —admitió Winkler.

—Bien, en tal caso, terminaré con el resto de mi explicación. El piloto de este aparato erró en sus cálculos y surgió del subespacio al espacio normal, pero demasiado cerca del suelo para evitar la catástrofe. Pudo reducir la velocidad, pero eso fue todo; le resultó imposible evitar la colisión que les ha matado.

—Una hipótesis que casi es la realidad, a mi modo de ver —concordó Winkler—. Pero, ¿dónde están los otros aparatos? Había tres, según me informaron.

—Yo se lo diré, coronel. —El pie de Alex golpeó el suelo—. En este momento los tenemos a más de cuarenta y seis mil metros de distancia... pero en vertical. Bajo nosotros, para ser más exactos.

Edna lanzó un grito. Alex, que vigilaba continuamente a la Directora, la vio silenciosa, sin variar apenas la expresión de su cara.

Winkler tenía la boca abierta de par en par.

—¡Rayos! —dijo al cabo, cuando se hubo recuperado de la sorpresa que le causaron las palabras de Alex—. Pero, ¿cómo han llegado hasta allá abajo? ¡Teníamos que haberles visto a la fuerza!

—¿Puede verse a alguien que no se encuentra en nuestro espacio normal? —rio el joven—. Los pilotos de las dos naves restantes, estoy seguro de ello, han hecho mejor sus cálculos que este desgraciado y se han materializado en el espacio normal que hay en

la cueva donde está la bomba. Allí, a menos que se hayan estrellado contra una pared, no hay obstáculos capaces de destrozar sus naves. La cueva es un hueco, recuérdenlo.

Edna gimió.

—Entonces, habrán matado a los que están allá abajo —exclamó.

—Si eso es así… —empezó a decir Winkler.

—Si eso ha sido así, y no hay motivos para creer que haya sucedido de otro modo —le interrumpió Alex—, aquí tiene usted a quien podrá responder de todos estos delitos.

Se acercó a la Directora y, con gesto inesperado, le quitó las gafas.

—Aquí tiene usted a una nativa de Sharanyii, coronel.

Alina trató de recobrar las gafas. El joven no se opuso.

Edna observó el rostro de la Directora, que había palidecido intensamente. Alex, por el contrario, espiaba las reacciones de Winkler.

—Sí —admitió Winkler por fin—, ella ha nacido en Sharanyii. Pero hace cuatro años que adoptó la ciudadanía terrestre.

—Lo cual no la exime de ser considerada como la sospechosa número uno —dijo Alex en tono hostil.

Winkler le puso una mano en el hombro.

—¿Confía usted en mí, ingeniero? —preguntó—. Mis pupilas son normales…

—No confío en usted. Hay terrestres traidores a su propio planeta.

Winkler meneó la cabeza.

—Está obcecado y no se lo reprocho, Alex. Sólo le pido un poco de tiempo para demostrar la buena fe de la Directora… pero ahora tenemos que hacer algo más urgente. Usted dijo antes que hay dos naves a cuarenta y seis kilómetros de nosotros.

—Eso creo —respondió el joven con los labios prietos.

—Vamos a bajar al fondo de la perforación —dijo Winkler—. La Directora vendrá con nosotros. ¿Se convencerá usted de que está a nuestro lado cuando la haya visto actuar?

—¿Por qué tenía que ponerse de lado de su mundo de adopción, cuando nació en Sharanyii? —preguntó Alex hoscamente.

Edna dio un paso hacia el joven.

—Alex, dele una oportunidad —rogó.

Winkler sacó su pistola y se la entregó al joven.

—Tome usted, ingeniero —dijo—. Le autorizo a que dispare contra la Directora si ve en ella algo sospechoso. ¿Cree que quiero que sufra algún daño la mujer que va a ser mi esposa?

Edna respingó.

—¡Caramba! ¡Qué callado se lo tenían! —exclamó.

Winkler sonrió.

—No somos unos viejos, pero tampoco unos jovencitos —contestó—. Hay cosas que, en ocasiones, conviene mantener en secreto.

—Está bien —rezongó el joven—. Accedo a su petición, coronel, pero tendrán que hacer algo definitivo para convencerme sin la menor duda.

—Le convenceremos, ingeniero —respondió Winkler—. ¡Capitán Dislar!

—¡A sus órdenes, señor! —contestó el oficial inmediatamente.

—Elija tres de los mejores hombres. Usted y esos tres agentes se vendrán con nosotros.

—Sí, señor.

Winkler movió la mano.

—Bien, es hora de que emprendamos el descenso. Vamos —dijo.

Alex se dirigió hacía su helichorro. Pensaba pilotarlo él personalmente, lo mismo que dirigiría el descenso a las profundidades de la corteza terrestre.

A pesar de las seguridades dadas por el coronel Winkler, continuaba con sus recelos. ¿Quién le aseguraba a él que Winkler no estaba al servicio de los sharanyianos?

Momentos después llegaban a la cúpula del escalón de superficie. Lo primero que hizo Alex fue dirigirse hacia los cuadros de mando, para conocer la posición del ascensor.

Edna le siguió de inmediato.

—Está subiendo —dijo, tras un rápido vistazo a los instrumentos,

—Sí, pero todavía se encuentra a veintidós kilómetros de distancia,

—Lo cual significa que tardará treinta minutos en llegar a la superficie.

—Justamente. Y en ese tiempo, los sharanyianos pueden poner en funcionamiento la bomba e incluso escapar con la delantera suficiente para evitar los efectos de la explosión.

—Pero allá abajo había gente. Díaz, Ball, el mismo profesor Waknerr...

—A estas horas han sido todos eliminados —contestó Alex sombríamente.

—No sea pesimista, hombre; habrán sabido defenderse y...

—¿Con qué armas? Ellos no esperaban de ninguna manera un ataque bajo la superficie. Los sharanyianos les habrán cogido por sorpresa. El resto es fácil imaginárselo.

Edna asintió.

Tal vez Alex tenía razón y, en aquellos momentos, todo el personal que se hallaba en el fondo de la perforación, había perecido a manos de los atacantes.

Mientras, Winkler daba instrucciones a los cuatro hombres que les iban a acompañar, todos los cuales estaban fuertemente armados. Nerviosamente, Alex no dejaba de observar el que le parecía infinitamente lento movimiento de la aguja indicadora de profundidad del ascensor.

Pasaron algunos minutos. El ascensor se encontraba ya a unos quince kilómetros de la superficie.

Bruscamente, la aguja aumentó su velocidad.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamó el joven.

Casi gritó, de modo que llamó la atención de Winkler. El coronel del S.S.I. y Alina Jaffres corrieron inmediatamente hacia el tablero de instrumentos.

La aguja se movía velozmente. En menos de dos minutos pasó de la cifra quince a la diez.

—¡Dios mío! —exclamó Edna—. ¡Eso no es un ascensor, es un proyectil de cañón!

Sólo Alex intuyó lo que iba a pasar. A juzgar por el movimiento de la aguja, el ascensor se dirigía a la superficie, acelerando continuamente, a más de ciento cincuenta kilómetros a la hora, una velocidad más del triple de la normal.

Antes de tres minutos lo tendrían fuera. Agarró un micrófono y gritó:

—¡Evacúen el escalón de superficie en el acto! ¡Dejen todo lo

que están haciendo inmediatamente! ¡Evacuación, evacuación!

XII

Decenas de pares de ojos se volvieron en el acto hacia el joven al escuchar aquellas palabras. Alex insistió una vez más:

—¡Abandonen todo! ¡Corran todo lo que puedan y aléjense por lo menos doscientos metros de la cúpula! ¡Inmediatamente, repito!

Winkler tiró de la mano de Alina y la arrastró casi a viva fuerza fuera de la cúpula. Los demás escaparon a todo correr.

Sólo Edna quedó junto al joven. Alex permaneció allí todavía un minuto, observando la aguja indicadora, hasta que vio que el ascensor se hallaba a seis kilómetros de la superficie.

—Bien, vámonos; dentro de dos minutos los tendremos aquí afuera —dijo por fin.

Echaron a correr y salieron de la cúpula.

—¿Por qué han disparado el ascensor hacia lo alto? —gritó Edna, sin dejar de correr.

—Figúreselo —respondió él, lanzando frecuentes miradas hacia atrás.

—Quieren bloquearnos en la superficie, ¿no es cierto?

Alex contestó afirmativamente. De cuando en cuando, consultaba su reloj.

Cuando faltaban quince segundos para consumirse el último plazo fijado de dos minutos, agarró a Edna por la cintura y la hizo tenderse en el suelo, tras un ligero resalte del terreno.

—Aquí estaremos bien —dijo.

Se hallaban casi a un cuarto de kilómetro. Alex estimaba que era una distancia suficiente.

Instantes después, se oyó un sordo rugido que brotaba de las entrañas de la tierra. Casi en el acto, algo levantó la cúpula hacia arriba con enorme fuerza.

La cúpula era de plástico, sostenido por viguetas reforzadas de aleación de aluminio. Las planchas curvas de plástico y las viguetas metálicas, fueron despedidas por todos los lados, con un horroroso estrépito, mientras por el enorme boquete abierto salía una masa metálica que despedía fuego y llamas por la base.

El ascensor continuó su movimiento vertical, impulsado todavía por los chorros de seguridad, disparados a su máxima potencia. Pero los propulsores perdían buena parte de su fuerza una vez en el exterior, fuera del tubo, y a cincuenta metros, el aparato se detuvo un instante.

Luego, volteando aparatosamente, empezó a caer y chocó contra uno de los lados de la cúpula, hundiéndola por completo en aquel sector. Se oyó un tremendo ruido y luego el declinante silbido de los chorros al agotarse definitivamente el combustible propulsor.

Una nube de humo y polvo se alzó durante unos momentos en el lugar de la caída.

—¿Habrá una explosión? —preguntó Edna temerosamente.

Alex se puso en pie.

—No, el combustible se ha acabado ya. Pero lo que sí hay es gente dentro del ascensor… y debemos socorrerles inmediatamente.

Algunos corrían ya hacia el derruido escalón de superficie. Edna no fue de las últimas en llegar junto a la destrozada cúpula.

Buena parte de la estructura se mantenía en pie todavía. Inexplicablemente, la boca de acceso al orificio había quedado al descubierto, aunque el sistema de pilastras por medio del cual quedaba sujeto el ascensor cuando se detenía en la superficie, había quedado destrozado totalmente.

De momento, esto tenía a Alex sin cuidado. Lo que le importaba más eran las vidas de los hombres que viajaban en el ascensor.

Dio la vuelta a las ruinas. Algunos de los operarios de la expedición rodeaban ya el enorme tubo, caído en tierra, entre los restos de plástico y duraluminio.

La puerta había saltado al choque, desencajada por los efectos del impacto. Dos de los técnicos habían trepado al cilindro y se asomaban al interior.

Dislar llegó, seguido de dos de sus agentes, que transportaban sendos botiquines de urgencia. De repente, uno de los técnicos, que había entrado en el ascensor, asomó la cabeza y los hombros por fuera de la puerta y gritó:

—¡Está vacío!

Alex se disponía a subir para ayudar a los presuntos heridos y se quedó quieto al escuchar acuella información.

—¿Qué… no hay nadie? —dijo, atónito.

—No, señor —respondió el individuo—. El ascensor está completamente vacío.

Winkler y Alina llegaron en aquellos momentos. Alex se volvió hacia ellos.

—No lo comprendo —dijo—. ¿Por qué demonios enviaron a la superficie un ascensor vacío?

—Hay una respuesta lógica —dijo Alina—. Simplemente, no quieren que bajemos a la cueva, mientras ellos estén allí.

Alex dirigió una lastimera mirada al cilindro caído en el suelo.

—Costará mucho fabricar uno nuevo —se lamentó.

—¿Y no hay otro medio de llegar abajo? —preguntó Edna.

—Sí —masculló Alex malhumoradamente—; tirándose de cabeza por el tubo.

—Pues no sería mala idea... siempre que se llevasen puestos los tirantes de un paracaídas —dijo Winkler.

—El tubo es ancho, pero menos que un paracaídas desplegado —alegó el joven—. Además, ni siquiera tenemos uno aquí.

De repente, echó a andar hacia la cúpula.

Dio la vuelta a la parte destrozada y entró por una de las puertas, que había resistido al impacto.

La mayor parte de los instrumentos, así como los habitáculos y servicios, habían quedado destruidos por el choque. Las columnas de sustentación en superficie del ascensor yacían esparcidas en torno al orificio.

Alex se acercó al borde del agujero y miró hacia abajo. El diámetro del tubo era de unos siete metros.

—No se ve nada —dijo Edna, que se le había acercado.

—Aunque hubiese una luz en el principio del tubo, tampoco se vería —contestó el—. Recuerde que son más de cuarenta y seis kilómetros de profundidad.

Edna se estremeció, apartándose del borde del orificio,

—Evitaré el vértigo —murmuró.

La sola mención de la cifra ya le causaba mareos.

De repente, Alex se dirigió hacia el cuadro de comunicaciones, que parecía haber quedado en buen estado. Levantó el aparato y golpeó la horquilla repetidas veces.

Después de unos momentos, se convenció de que las comunicaciones con el fondo habían sido averiadas, tal vez

irreparablemente. Edna, Winkler y los demás le contemplaban expectantemente.

—Es imposible entablar contacto con ellos —dijo con una expresión sombría.

Hubo un momento de silencio. Nadie acertaba a emitir una opinión para impedir la acción de los sharanyianos.

De pronto, Alex dijo:

—Creo que empiezo a sospechar la verdad... bueno, parte de la verdad.

—Vamos, hable —pidió Edna impacientemente—. ¿Qué idea se le ha ocurrido ahora?

—Es una especulación, aunque creo que se aproxima bastante a la realidad. A mi entender, los sharanyianos han surgido del subespacio en el interior de la cueva, sorprendiendo a los vigilantes de la bomba y, naturalmente, a cuantos se hallaban abajo.

»Ahora bien, si van a hacer explotar la bomba en un período de tiempo breve, enviar el ascensor a la superficie para cortarnos el acceso a nosotros —o la retirada a quienes pudieran escapar—, no tiene ningún objeto. Ninguno de nosotros sabe cómo desmontar la bomba ni impedir su explosión.

—Olvida usted a la Directora —le recordó Winkler.

Alex se volvió hacia el coronel del S. S. I.

—Suponiendo que el ascensor no se hubiese averiado, nos habría costado bastante más de una hora en llegar abajo. Con sus naves, los sharanyianos habrían podido situarse a decenas de miles de kilómetros en pocos minutos, distancia más que suficiente para escapar a los efectos de la explosión. Por lo tanto, el hecho de que esté aquí la Directora, en tal caso, les habría resultado indiferente.

»Pero no ha sido así, y la prueba es que nos han cortado la vía de acceso. ¿Por qué? La respuesta es muy sencilla: poner la bomba en estado de funcionar no es tarea de unos minutos, sino que van a necesitar muchas horas.

»Dos naves allá abajo significan seis sharanyianos. Cuatro, con armas, pueden mantener a raya al personal de profundidad. Los otros dos se habrán aplicado a la tarea de hacer funcionar el mecanismo de explosión.

—Y como tardarán aún bastante tiempo, estamos en situación de llegar abajo antes de que se produzca la catástrofe.

—Sí, pero, ¿cómo? —preguntó Winkler.

De nuevo se produjo una pausa de silencio. Al cabo de unos instantes, Alina dijo:

—Hay un medio… aunque no sé si llegaremos a tiempo.

—¿Cuál? —quiso saber Alex.

—La embajada de Sharanyii dispone de un par de naves idénticas a las que están allá abajo —contestó la Directora.

—¿Está segura?

—No hay duda, ingeniero.

—La idea, aunque no expresada, es buena. Con una de esas naves, podríamos llegar y tal vez sorprenderles… pero, ¿quién hay aquí capaz de pilotarla?

—Hace usted unas preguntas muy tontas, ingeniero —le respondió Edna.

Alex se volvió y la miró unos instantes. Luego se giró de nuevo hacia la directora.

—¿Usted? —murmuró.

Alina asintió en silencio,

—¿Qué capacidad tienen esas naves? —preguntó Alex.

—Cuatro personas de la raza Shirank… o seis de la Shiranl, que es la mía.

—De modo que esos tipos que parecen bolos de bolera pertenecen a la raza Shirank —masculló el joven—. Siempre se aprende algo nuevo; hasta ahora, la verdad, no me había preocupado de los nombres de las razas habitantes de Sharanyii. ¿Dónde están las naves de la Embajada?

—En el astropuerto, naturalmente.

—¿Vigiladas?

—No más que cualquiera otra, creo —respondió Alina—. En todo caso habrá un guarda o dos, adscritos al personal de la Embajada.

Alex se dirigió hacia su helichorro.

—Venga conmigo, directora —dijo—. Vamos a provocar un incidente diplomático… pero ya lo arreglarán los Ministerios correspondientes.

Edna echó a correr tras el joven.

—Eh, ¿es que se cree que me va a dejar en tierra? —protestó.

Winkler se les unió de inmediato.

—Dislar y otro hombre vendrán también con nosotros —dijo.

—Muy bien, tomen su helichorro y sígannos.

Winkler, Alina y los dos hombres del S. S. I. montaron en su aparato. Alex y Edna entraron en el de la muchacha, que despegó de inmediato.

Alex lanzó el helichorro hacia adelante a toda velocidad.

—Cuidado —advirtió Edna—, va demasiado aprisa.

—Demasiado aprisa es demasiado despacio en estas circunstancias —gruñó él.

Los agudos picos de la cordillera desfilaron bajo ellos con sorprendente rapidez. La aguja indicadora de la velocidad alcanzó su límite máximo y se mantuvo en el mismo sitio todo el tiempo hasta que, dos horas más tarde, avistaron el astropuerto.

—Bueno —dijo Alex, reduciendo la velocidad—, ha llegado el momento.

Y se dispuso a tomar tierra en el espacio destinado a estacionamiento de naves subatmosféricas.

XIII

Alex y Edna saltaron a tierra. Winkler y los demás se les reunieron de inmediato.

—¿Por qué no aterrizó junto al hangar donde se guardan las naves de la Embajada? —preguntó el coronel.

—¿Quiere despertar sospechas? —respondió Alex.

—Hay que obrar con discreción e impedir que los vigilantes puedan comunicarse con la Embajada hasta que sea demasiado tarde.

—El ingeniero tiene razón —concordó Alina—. Estoy segura de que en la Embajada conocen lo que ocurre. Por tanto, y actuando de la misma forma en que ellos lo hacen, es preciso ponerles frente a los hechos consumados.

—Muy bien —contestó Winkler—. Alina, ¿dónde está el hangar?

La Directora paseó su mirada por las construcciones del astropuerto. De pronto, reparó en un mástil al extremo del cual ondeaba una bandera amarilla, con dos rayas horizontales negras paralelas en el centro. Una estrella azul, con borde rojo, en el

ángulo superior izquierdo, completaba los colores de Sharanyii.

—Allí —contestó.

Winkler dio un paso hacia adelante. Alex le detuvo por el brazo.

—Déjeme que actúe yo en primer lugar —pidió—. Ustedes síganme discretamente, pero no intervengan hasta el último momento. Es preciso que nadie se entere de lo que vamos a hacer.

Winkler asintió y dejó que Alex se separase una docena de pasos del grupo. El joven caminó tranquilamente, como un curioso que hubiese llegado al astropuerto para contemplar el espectáculo de las naves que llegaban y despegaban hacia distantes planetas.

El astropuerto estaba en plena actividad y había una enorme cantidad de personas por fuera de los límites señalados para la toma de tierra y despegue de las astronaves. Nadie, por tanto, se fijó en él, ni siquiera cuando franqueó una valla precisamente por una puertecita, al lado de la cual había un cartel que prohibía el paso.

Antes de cruzarla, Alex se detuvo y apoyó los codos unos instantes en el borde superior de la valla. Luego, rápida y diestramente, volvió el cartel hacia el interior.

Ahora se podía entrar, pero no salir por aquel punto. Alex levantó la falleba, abrió la puerta y entró en el recinto, a menos de cincuenta metros del hangar donde se guardaban las naves de la Embajada de Sharanyii.

Una carretilla cargada de equipajes pasó por su lado. El joven se apartó cortésmente y siguió su camino.

Se volvió un instante. Edna franqueaba la puertecita en aquel instante.

El último en cruzar fue Winkler. Se había percatado de la acción del joven y, tras cerrar la puerta, volvió el cartel a su primitiva posición.

Momentos después, Alex llegaba al hangar. El gran portón estaba descorrido a medias y, desde la esquina, con un rápido vistazo, pudo ver que las naves eran del mismo tipo que la que se había estrellado junto al campamento de superficie.

Había un tipo con mono, cruzado de brazos, apoyado en uno de los lados de la puerta. Sobre su pecho se veía la bandera de Sharanyii. Era un Sharanl; su forma era enteramente humana.

—Hola —sonrió el joven, con un cigarrillo en la boca—. ¿Fuego, por favor?

—Claro —accedió el individuo.

Metió la mano en un bolsillo del mono y sacó un encendedor, con el que prendió fuego al cigarrillo del joven. Alex tragó una gran bocanada de humo y luego lo arrojó a los ojos del vigilante.

El sharanyiano parpadeó unos instantes, con las pupilas irritadas por el humo. Alex lanzó una rápida mirada a derecha e izquierda.

Winkler y los demás aguardaban a corta distancia, fuera del alcance visual del sharanyiano. No había más gente en las proximidades.

«Será cosa de aprovechar la ocasión», se dijo.

Y hundió su puño a fondo en el estómago del vigilante, haciéndole doblarse sobre sí mismo.

Acto seguido, le golpeó en la nuca. Inmediatamente, lo arrojó hacia atrás, lanzándolo al interior del hangar.

El sharanyiano quedó fuera de combate instantáneamente. Alex se agachó, asió el cuello de su mono y tiró de él hasta colocarlo oculto tras el portón.

Luego se asomó y agitó la mano, Edna echó a correr hacia el hangar.

—¡No tan de prisa! —dijo él furiosamente—. ¡Va a levantar sospechas...!

Una voz masculina le interrumpió súbitamente.

—¿Eh, qué hacen ahí?

Alex se volvió. Un sharanyiano se acercaba a ellos, empuñando una pistola.

—Perdón, amigo —dijo, sonriendo—. Mi novia y yo nos metimos aquí para... Bueno, creíamos que no había nadie y... En fin, usted sabrá hacerse cargo de las cosas, ¿no?

Alex temía que el coronel apareciera intempestivamente. Entonces, todo se perdería.

El vigilante tenía cara de disparar primero y hacer preguntas después. Sólo cierta inseguridad en los motivos de la presencia de aquella pareja en el hangar le había hecho contenerse hasta el momento.

—Está bien, pero lárguense con sus problemas amorosos a otra parte —contestó malhumoradamente—. Están en territorio de Sharanyii y...

De pronto se fijó en el cuerpo de su compañero, que yacía inerte

bajo el fuselaje de la nave más próxima.

—Han sido ustedes —rugió.

—Sí, señor —contestó Alex, desviando la pistola de un manotazo.

El sharanyiano cargó contra él. Alex levantó la rodilla y contuvo brutalmente su avance.

—Lo siento amigo —murmuró, golpeándole en la cara con todas sus fuerzas.

Se acordaba de los cuatro hombres asesinados en el escalón de superficie. Golpeó de nuevo y el vigilante abrió los brazos y se desplomó de espaldas.

Edna le agarró el brazo y lo levantó en alto.

—¡Vencedor por fuera de combate! —gritó alegremente.

Winkler y los demás entraron en aquel instante.

—Magnífico, ingeniero —aprobó Winkler—. Dislar, Ruff, hay que atar y amordazar a esos dos hombres.

—Sí, señor —contestó Dislar.

Alina se acercó a una de las naves y la examinó especulativamente.

Era de forma lenticular. Mediría unos veinte metros de diámetro, por la mitad de grosor y, en tierra, estaba sustentada por un trípode de patas replegables en vuelo. Una escalerilla de peldaños metálicos permitía el acceso a la escotilla de entrada, situada a siete metros del suelo.

—Bien —dijo al cabo—, creo que llegaremos a la caverna donde está la bomba.

—Suponiendo que no explote antes.

Alina se volvió hacia el ingeniero.

—El mismo riesgo corremos quedándonos en la superficie que yendo allí —contestó fríamente.

—Eso es verdad —convino Edna—. ¿Vamos?

Alina fue la primera en trepar y ocupó el puesto del piloto, Edna y Alex la siguieron de inmediato.

Para Alex era una experiencia nueva penetrar en una nave extraterrestre. No era la primera que veía, pero era hombre al que le había gustado siempre tener los pies anclados en tierra firme.

Los asientos eran cuatro, dos de los cuales podían dividirse en otros dos, mediante un sencillo mecanismo que accionó Alina. El

tamaño de los restantes podía aumentarse o disminuirse a voluntad, según fuera un Shirank o un Shiranl su ocupante.

Winkler y sus dos ayudantes aparecieron minutos después.

—Los vigilantes están fuera de combate —dijo el coronel—. Antes de que puedan avisar a la Embajada...

—Habremos volado en mil pedazos —dijo Alex lúgubremente.

—¡Aguafiestas! —le apostrofó la muchacha.

—Quietos todos en los asientos —dijo Alina de pronto.

Alex y Edna obedecieron. Alina movió una palanca y unas abrazaderas metálicas surgieron de los respaldos, sujetándoles firmemente a los sillones.

—Caso de avería, se sueltan automáticamente, apenas se ha detenido el aparato —dijo Alina—. Bien, vamos allá.

La nave quedó suspendida en el suelo y empezó a deslizarse suavemente hacia la puerta.

—¿No pide permiso a la torre de control? —preguntó Alex.

—¿Pediría usted permiso al guardián de una casa para llevarse lo que hay en su interior?

Edna soltó una risita. Alex se mordió los labios.

—Me está bien empleado —mascullló

Las patas sustentadoras se habían replegado bajo la panza del aparato.

Instantes más tarde, se hallaban en la explanada frontera al hangar. De repente, vieron que el suelo se alejaba velocísimamente.

El aparato disponía de compensador de gravedades, calculó Alex. De otro modo, no habrían podido resistir aquella terrible aceleración.

La Tierra se ensanchó. Cinco minutos más tarde, contemplaban el planeta flotando en el espacio.

—Debo alejarme algunas decenas de millares de kilómetros —explicó Alina, con la vista fija en los instrumentos.

—¿No nos detectarán los de allá abajo? —preguntó Alex.

—Hay cuarenta y seis kilómetros de roca que lo impiden —contestó la Directora llanamente.

Veinte minutos después, se hallaban a unos ochenta mil kilómetros del planeta. Alina detuvo la nave y empezó a mover las manos sobre el teclado de una computadora posicional, según explicó.

Momentos después, desaparecían las estrellas, la Tierra y su satélite.

—Estamos en el subespacio —anunció Alina con voz inexpresiva.

No había nada en torno a ellos.

Sólo oscuridad y silencio. Hallábanse sumidos en algo que parecía sólido y no lo era; en una oscuridad que daba la sensación de poseer una luminosidad extraña, que no permitía ver, sin embargo, ningún detalle.

Ni siquiera ellos se veían a sí mismos.

A pesar de todo, podían oír los sonidos. La voz de Alina continuaba sonando con fría impersonalidad.

—Estamos acercándonos al punto de reaparición —anunció, al cabo de unos minutos.

—¿Cuál es la velocidad del aparato en estos momentos? —preguntó Alex.

—Estrictamente, no hay velocidad; sólo un desplazamiento en el campo espaciotemporal que nos envuelve —respondió Alina—. El tiempo y el espacio «van» acompañándonos, por así decirlo.

—Demasiado complicado para mí —refunfuñó Alex—. Me gustan más las máquinas sencillas: perforadoras, palas mecánicas…

—Estamos llegando —dijo Alina, sin hacer caso de los gruñidos del joven.

Distar había presenciado el accidente de la tercera nave y se santiguó devotamente. Edna se agarró con todas sus fuerzas a los brazos del sillón.

De pronto oyó un fuerte chasquido. La cabina se inundó de luz.

—¡Hemos llegado! —anunció Alina.

Alex sintió que las abrazaderas desaparecerían. Se puso en pie.

—Sí, estamos en la caverna —exclamó.

Miró a través del ventanal más próximo. Las otras dos naves se hallaban en la oquedad.

Un sharanyiano de la raza Shirank corrió hacia el aparato.

—¡Abra, Directora! —gritó el joven.

Alina presionó el mando de apertura de la escotilla. Alex cruzó la cabina y se asomó afuera.

El Shirank se detuvo atónito, al ver a alguien a quien, indudablemente, no esperaba en aquellos parajes. Luego,

reaccionando, lanzó un chirriante grito, a la vez que sacaba una pistola de ancho cañón, que empuñó con su mano tridactilar.

Entonces, Alex hizo lo único que cabía en aquellos momentos: saltó con los pies juntos.

El sharanyiano era pesado, pero el impacto habría derribado a un buey. Alex le alcanzó en el pecho y lo tiró de espaldas, dejándole fuera de combate instantáneamente.

Otro Shirank corrió hacia ellos. Winkler se asomó y lo hizo desaparecer en el acto de un certero disparo.

Alex se dejó resbalar por la escalerilla y se apoderó de la pistola del Shirank, quien se agitaba débilmente, recobrándose del golpe recibido. Dislar y el otro agente actuaron con rapidez y precisión, situándose al pie de las otras dos naves.

—No hay nadie más aquí —informó Dislar.

—Los otros dos deben de estar custodiando al resto del personal de profundidad —apuntó Alex.

El sharanyiano se incorporó pesadamente. Dos pistolas le apuntaron directamente al pecho.

Alex ordenó:

—Vas a llamar a tus compañeros y les dirás que vengan aquí con las… bueno, con los tentáculos en alto. Si no lo hacen así, morirás como el otro, ¿has comprendido?

Los ojos facetados del individuo le contemplaron con un vivísimo centelleo, que Alex supuso era de ira. Pero bien pronto se dio cuenta de que no podía hacer nada.

—Está bien —contestó al cabo, con su característica voz chirriante.

Winkler y los otros dos se apostaron a ambos lados de la entrada a la cueva. Alex trepó con su cautivo a una de las naves y le hizo llamar por radio a sus compañeros.

—De acuerdo —dijo, satisfecho. Luego asestó un golpe con la pistola en el cráneo y lo dejó sin sentido.

Alina examinaba la esfera y la copa que la sostenía con ojos de experta. Edna se hallaba a su lado.

—Atención —dijo Winkler—, ya vienen.

Los cuatro Shirank restantes aparecieron a los pocos momentos. Ninguno de ellos opuso la menor resistencia.

Minutos más tarde, estaban desarmados y encerrados en una

nave, cuyo control de despegue inutilizó Alina. La Directora descendió a poco y se acercó a la caja negra que había al pie de la gigantesca copa.

—Un destornillador, por favor —pidió.

Dislar lo buscó y se lo entregó a los pocos momentos, Cinco minutos después, apartaba uno de los costados, dejando el interior al descubierto.

Tirando cuidadosamente, extrajo un cilindro de unos cinco centímetros de diámetro por veinte de longitud. Desenroscó una tapa situada en uno de sus extremos y sacó del interior un tubito que parecía de vidrio y que centelleaba con vivas alternativas.

Alina lanzó el tubo al suelo, rompiéndolo en mil pedazos.

—Ya no hay peligro de explosión —dijo.

—¡Miren! —gritó Edna de pronto.

La esfera había perdido su brillo, lentamente, descendió unos centímetros, hasta quedar apoyada en la copa, que se había tornado de un color gris, al igual que la esfera.

—De todas formas, copa y esfera serán lanzadas al espacio en una órbita que las llevará hasta el Sol, en donde arderán en una fracción de segundo. No habrá peligro de que el Sol estalle, por supuesto —dijo Alina para tranquilizar a los presentes.

Empezaron a oírse voces. El personal de profundidad llegaba a la caverna.

Alex respiró aliviado.

—Se acabó la pesadilla —dijo.

Miró a Edna y sonrió. Ella le sonrió también.

De pronto, Alina hizo una pregunta:

—¿Quién tradujo la inscripción?

—El profesor Rosahann, una autoridad en la lengua de Sharanyii —contestó Alex—. Otro lingüista experto confirmó su traducción...

Alina meneó la cabeza.

—Sería para echarse a reír, de no haberse perdido tantas vidas humanas. Lo que la inscripción quiere decir es que esta bomba «puede» servir para destruir un planeta, pero no indica que, precisamente, ese planeta haya de ser la Tierra.

Alex respingó.

—Entonces, ¿por qué estaba aquí la bomba?

—Sencillamente, era una semilla en un invernadero —contestó

la Directora.

* * *

Alex oyó pasos en la arena y se volvió.

Ataviada como la vez anterior, Edna se le acercaba con la sonrisa en los labios.

—¿Le importa que le haga compañía? —preguntó, dejándose caer de rodillas a su lado.

—Me alegra infinito —sonrió él—. ¿Cómo se encuentra?

—En cura de nervios, como usted. ¿Cuándo inicia los trabajos, Alex?

—Están reparando el ascensor. Tardaremos un par de meses en volver a perforar.

Ella se puso un cigarrillo en los labios.

—Fue una lástima que muriesen aquellos pobres chicos —se lamentó.

—Y también su tío Jim, Edna.

—Tío Jim desempeñaba una misión distinta, pero ellos aprovecharon la ocasión para ver de conseguir la bomba. No la hubiesen empleado contra la Tierra, temerosos quizá, de una posible represalia, por parte de alguna de nuestras colonias estelares, pero estaban dispuestos a emplearla contra algún otro planeta con menos defensas que nosotros.

—Son belicosos los de Sharanyii —manifestó Alex.

—Sólo los Shirank. Los Shiranl no tienen apetencias de conquista.

—Así que los Shirank trajeron la bomba hace unos cuantos siglos y la dejaron allá abajo para que fuese adquiriendo potencia por sí misma —dijo Alex, pensativamente.

—Sí. En la Tierra, de una forma u otra, hay radiactividad por todas partes. Era algo necesario para que la bomba pudiese funcionar en el momento deseado.

—Y la Tierra servía de invernadero para que fructificase esa semilla de destrucción.

—Por fortuna, pudimos contar con el apoyo de Alina.

—Es una mujer muy hermosa y Winkler un sujeto apuesto. La conquistó, sencillamente.

—Pero ¿sabía ella la existencia de la bomba?

—Era un secreto de Estado en Sharanyii. Ella, sin embargo, se enteró de que el momento de activación de la bomba estaba a punto de llegar. Ignoraba que la bomba no fuese a ser utilizada contra la Tierra, pero, de todas formas, tampoco quería que los Shirank la empleasen contra cualquier otro planeta,

—Y ahora, con este fracaso digamos político, los Shirank dejarán de gobernar Sharanyii,

—Sí, y uno de sus primeros pasos ha sido entregar a Mahy para que responda de las muertes que ordenó cometer. El asesino de Pewliss también ha sido detenido y...

Edna suspiró aliviada,

—Continuamos bajo el viejo Sol y sobre esta vieja y detestada pero amada Tierra —exclamó.

Alex le tomó una mano.

—Es cierto —dijo—. Y ya que ha venido, le voy a formular una proposición.

—¡Sí! —contestó ella con gran vehemencia.

Alex se sentó en el suelo.

—¡Demonios! ¡Si no me has dejado ni hablar! —protestó.

Ella le echó los brazos al cuello.

—¿Es que ibas a decirme otra cosa distinta de una propuesta de matrimonio? —preguntó con la risa en los ojos.

—Vistas las circunstancias, en efecto, no me queda otro remedio que formularte la propuesta.

—Que es aceptada de inmediato —contestó Edna con radiante expresión.

FIN